

Selección TERROR

JOSEPH BERNA

LA VENGANZA DE UNA BRUJA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

334 – Con el Demonio no se juega, *Joseph Berna*.
335 – Los colmillos del reptil, *Ralph Barby*.
336 – Hermandad de brujas, *Lou Carrigan*.
337 – Después del horror, *Ada Coretti*.
338 – La protegida del espectro, *Ralph Barby*.

JOSEPH BERNA

LA VENGANZA DE UNA BRUJA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 339
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.362 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1979

© Joseph Berna - 1979
texto

© Desilo - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Las primeras sombras de la noche empezaban a caer sobre Santa Mónica, California.

El Ford marrón, un vehículo en ya no muy buen estado, se detuvo lentamente en la calle, pegado a la acera.

Cuatro hombres iban en él.

Todos jóvenes.

El que iba al volante señaló, con el brazo, la tienda que había a unos veinte metros de donde ellos se encontraban, en cuyo rótulo podía leerse; «Libros y Artículos de Brujería».

—Ahí es, muchachos.

—¿De verdad es tan guapa la chica, Buck?

Buck Playton, el más fuerte de los cuatro, moreno, que vestía pantalones y chaleco negro de cuero, miró a Monty Bell, el tipo que se sentaba a su lado, y sonrió.

—Realmente preciosa, Monty. Rostro, pechos, caderas, muslos... Todo lo tiene maravilloso.

Monty Bell, pelirrojo, de cuerpo espigado y ojos pequeños e inquietos, se relamió los labios.

—Estoy deseando verla, Buck.

—Pues yo no me conformo sólo con verla —dijo Luke Figgs, uno de los tipos que iban detrás, pelo rubio, abundante, desordenado y grasiento.

—¡Toma!, ni yo —dijo Nat Odell, el cuarto sujeto, alto y grueso, de rostro colorado como una sandía y ojos excesivamente salidos.

Buck Playton rió.

—Sólo para verla no hubiéramos venido desde Los Angeles, pedazo de burros.

—¿Quieres decir que nos divertiremos con ella? —preguntó el pelirrojo Monty.

—Hasta que nos hartemos —respondió Buck.

—¡Bravo! —exclamó Monty, y se puso a aplaudir.

El rubio Luke y el gordo Nat aplaudieron también, entre sonoras carcajadas.

Buck levantó una mano.

—No arméis tanto ruido, que la chica no tardará en salir. Cierra su tienda a las ocho, y faltan sólo cinco minutos —informó, tras dar una mirada a su reloj de dígitos, cuya caja descansaba sobre una ancha correa roja.

Era cierto.

Ellen Gruber, la joven y bella propietaria de la pequeña tienda de libros y artículos de brujería —tenía veintiún años, recién cumplidos—, estaba preparándose para cerrar el establecimiento.

Tenía el pelo muy negro, sedoso y brillante, los ojos pardos, grandes,

protegidos por unas pestañas que envidiaría cualquier estrella de cine, la nariz pequeña y graciosa, los labios llenos y sensuales, de los que incitan al beso apenas fijarse en ellos.

Lucía un sencillo vestido veraniego, tan ligero, que si se ponía al trasluz se le transparentaban el sujetador y el breve pantaloncito, las únicas prendas que llevaba bajo él.

Ni siquiera usaba medias, pues sus piernas ofrecían un bronceado natural que llamaba la atención, y a Ellen le gustaba exhibirlas.

Cuando sólo faltaban dos minutos para las ocho, la puerta de la tienda se abrió, haciendo sonar la campanilla, y una mujer que ya no cumpliría los sesenta —ni los sesenta y cinco tampoco, probablemente—, delgada y de poca estatura, entró en ella con cierta prisa.

—Hola, Ellen —saludó, acercándose a la joven, que se hallaba tras el corto mostrador.

—¿Qué tal, señora Eliot? —le sonrió amablemente la muchacha.

—¿Puedes atenderme todavía, Ellen...?

—Por supuesto, señora Eliot.

—Hubiera querido venir antes, pero no me ha sido posible, pequeña.

—No se preocupe.

—Qué buen carácter tienes. Tu madre era igual, lo has heredado de ella.

—Sin duda.

—Me gustaría saber si también heredaste sus poderes...

Ellen no dijo que sí ni que no.

—¿Qué desea, señora Eliot? —preguntó, dando un hábil giro a la conversación.

—Cuatro ojos de serpiente.

—En seguida.

Ellen tomó el bote donde tenía los ojos de serpiente, lo abrió, y puso cuatro en una pequeña bolsa de plástico, la cual entregó a la anciana.

—¿Alguna cosa más, señora Eliot?

—Sí, pequeña. Ponme también dos rabos de lagartija y seis patas de araña —pidió la mujer.

Ellen se lo sirvió.

—¿Es todo, señora Eliot?

—A ver, que compruebe la lista... —la anciana abrió su bolso y extrajo una nota, donde llevaba apuntado todo lo que necesitaba para su «trabajo» de aquella noche—, Los ojos de serpiente, los rabos de lagartija, las palas de araña... Ah, faltan dos alfileres. Quiero también una docena de alfileres negros.

—Muy bien —sonrió Ellen, y se los sirvió.

—Ahora sí que está todo, pequeña. Dime cuánto te debo.

Ellen tomó el lápiz y sacó la cuenta en una libreta.

—Son ocho dólares con cincuenta, señora Eliot —hizo saber.

—Toma, cóbrate —la mujer le entregó dos billetes de cinco dólares.

Ellen le devolvió el cambio.

—Gracias, pequeña.

—A su disposición, señora Eliot.

—Adiós, Ellen.

—Adiós, señora Eliot.

La anciana abandonó la tienda.

—Ya se larga la vieja —dijo Buck Playton.

—Menos mal —rezongó Monty Bell.

—Si no hubiera sido por ella, la chica ya estaría en nuestras manos —masculló Luke Figgs.

—Y nunca mejor empleada la expresión —sonrió Nat Odell, moviendo las suyas, que eran bastante repugnantes.

—Preparaos, saldrá de un momento a otro —dijo Buck.

Así fue.

Las luces de la tienda se apagaron y Ellen Gruber salió de ella, con un bolso colgado del hombro.

La joven cerró la puerta con llave y guardó ésta en su bolso, echando a andar seguidamente hacia la parada del autobús que la llevaría a Los Angeles, como cada noche.

Buck Playton puso el Ford en marcha, procurando que el motor hiciera el menor ruido posible.

En unos segundos, el vehículo estuvo a la altura de la muchacha.

—¡Ahora! —indicó Buck.

El rubio Luke y el gordo Nat saltaron del coche y cayeron sobre Ellen, cuya boca se apresuraron a cubrir, impidiéndole gritar.

En un abrir y cerrar de ojos la metieron en el Ford.

Buck pisó el acelerador y el auto se alejó del lugar como una exhalación.

En la parte de atrás, Ellen Gruber se debatía furiosamente, pero Luke y Nat la sujetaban con fuerza, y nada consiguió.

—¡La cinta adhesiva, Monty! —indicó Buck.

El pelirrojo se puso de rodillas en el asiento y pasó el cuerpo por encima de éste, con un buen pedazo de cinta adhesiva en las manos, la cual pegó sobre la boca de la muchacha tan pronto como Nat apartó la mano.

Ellen seguía forcejeando con desesperación, pero sin ningún resultado positivo.

Nat le inmovilizaba los brazos, y Luke, las piernas.

—¡Mmmm...! —era lo único que la cinta adhesiva le permitía decir.

El Ford circuló por espacio de varios minutos, hasta que Buck Playton lo detuvo en una playa solitaria.

El cabecilla del grupo de indeseables apagó las luces c indicó:

—Abajo, muchachos.

Salieron los cuatro del auto, Luke y Nat siempre sujetando a Ellen Gruber.

—Tendedla en la arena —dijo Buck.

El rubio y el gordo hicieron lo que se les ordenaba.

Buck se despojó del chaleco y lo arrojó sobre el capó del Ford, quedando con el torso desnudo.

Un torso velludo y musculoso, del cual se sentía muy orgulloso.

Ellen no dejaba de luchar con Luke y Nat, porque adivinaba lo que los muy canallas iban a hacer con ella, pero todos sus esfuerzos eran vanos.

Buck se arrodilló junto a ella y le desgarró el vestido de arriba abajo.

Los ojos de Monty, Luke y Nat brillaron de deseo al contemplar el armonioso cuerpo de la muchacha, humedecido de sudor a causa de los esfuerzos que ella venía realizando.

—Tenías razón, Buck —murmuró el pelirrojo, notándose la boca seca—. La chica es una maravilla...

Luke y Nat se apresuraron a confirmar la opinión de Monty.

—Y eso que aún no habéis visto lo mejor —sonrió Buck, y de un rápido zarpazo arrancó el sujetador a la joven.

La visión de los bellos senos de Ellen Gruber, agitados por la alterada respiración de la muchacha, excitó aún más a los compañeros de Buck.

Luke, con voz enronquecida de deseo, apremió: —Date prisa, Buck, que nosotros también queremos gozar con ella.

—No me atosiguéis, muchachos, no me atosiguéis —rió Buck Playton, y destrozó la prenda más íntima de Ellen, dejando a la joven completamente desnuda.

Entonces se echó sobre ella.

El grito que lanzó la desgraciada quedó ahogado por la cinta adhesiva, como los anteriores, aunque éste le salió de lo más hondo.

De las mismas entrañas.

CAPITULO II

Harry Mulligan se hallaba cómodamente sentado en uno de los sillones del amplio salón, hojeando el último número de una revista erótica extraordinariamente popular.

Contaba veintinueve años, tenía el pelo oscuro, y sus facciones eran correctas. Vestía pantalón claro, muy ligero, y una vistosa camisa de manga corta, la cual llevaba por fuera del pantalón, abierta de par en par. Calzaba mocasines marrones.

Sobre la mesa, junto al cenicero, repleto de colillas, descansaba una lata de cerveza bien fría, a medio consumir.

Harry la cogió e ingirió un trago.

En aquel preciso instante, sonó el timbre de la casa.

—Lo que daría yo porque fueras tú, gatita... —suspiró Harry, contemplando de pies a cabeza a la rubia que aparecía en la página central de la revista erótica, la que había que desdoblar para poder ver completa.

La chica se llamaba Jenny, y tenía un cuerpo espléndido.

Harry dejó la revista sobre la mesa, al igual que la lata de cerveza, y se puso en pie, saliendo del salón.

Mientras caminaba hacia la puerta, se preguntó quién diablos podría ser.

Volvió a pensar en Jenny, la rubia de la revista erótica.

En su maravilloso cuerpo desnudo.

Sonrió al recordar que él tenía una tía que se llamaba Jenny.

Pero qué diferencia de una a la otra.

No, no es que él hubiera visto desnuda a su tía, pero sí en bikini.

Suficiente para comprender por qué seguía soltera.

Ni un miope cargaría con ella.

Todo eran huesos.

Y, como los que no ven bien, «tocan» para asegurarse...

Bueno, y los que ven perfectamente, también.

El tacto es algo muy importante, y sirve, entre otras cosas, para que a uno no le den gato por liebre.

A Harry no le había sucedido nunca, a Dios gracias, pero un amigo suyo se llevó a la cama a un travesti, creyendo que se trataba de una pelirroja sensacional, y cuando se encontró con lo que se encontró...

Harry tenía mucho cuidado con eso, y prefería arriesgarse a recibir una sonora bofetada a que le ocurriera como a su amigo.

Pero no había recibido muchas, ésa era la verdad.

Cuando a una mujer se la acaricia con suavidad y delicadeza, raramente pone freno al hombre, porque para ella resulta tan agradable o más que para él.

Distraído con sus pensamientos, Harry Mulligan alcanzó la puerta y abrió.

Se quedó de piedra.

Y no era para menos.
—¿Harry Mulligan? —preguntó la chica que hiciera sonar el timbre.
Harry no respondió.
La culpa de su repentina mudez la tenía la chica, pues su parecido con la rubia de la revista erótica era tan extraordinario, que Harry estaba por jurar que se trataba de la misma persona.
Quizá, si la chica no hubiera ido vestida...
Pero nadie va desnudo por la calle, claro.
—¿Harry Mulligan? —repitió la belleza rubia, al ver que el no despegaba los labios.
—Yo... yo soy —acertó a responder Harry, con una voz que ni el mismo supo reconocer.
La chica le observó de un modo muy particular.
—¿Tiene algún problema en la garganta, señor Mulligan?
—¿Problema?
—Su voz suena muy rara...
Harry carraspeó un par de veces, para aclarársela.
—Lo siento, es que fumo demasiado, y cuando estoy un rato sin hablar, me sale voz de mono.
—¿No teme al cáncer de pulmón?
—Yo sólo temo al perro de mi tía.
—¿Es grande?
—Como un caballo.
—¿Y muerde?
—¿Que si muerde? La semana pasada le arrancó casi toda la nalga izquierda al repartidor de la leche. Como el tipo llevaba una chaqueta blanca, lo confundió con el veterinario que le puso la vacuna el día antes y ¡zas!, dentellada que le soltó.
—Pobre hombre.
—¿Quién es usted? —preguntó Harry.
—Brenda Thompson, la modelo que usted solicitó para realizar unas pruebas.
—Oh...
—¿Puedo pasar, señor Mulligan?
—¿Para lo dé las pruebas?
—Claro. ¿Para qué iba a ser, si no? —sonrió la chica, que aparentaba unos veintitrés años.
Tenía una sonrisa preciosa.
Como la de Jenny, la rubia de la revista erótica.
Pese a que ella había dicho que se llamaba Brenda, Harry seguía teniendo sus dudas.
El parecido era tan increíble...
—Pase, por favor —rogó Harry, apartándose del hueco de la puerta.
—Gracias —sonrió de nuevo la chica, entrando en la casa.

Harry cerró la puerta.
La chica le miró.
—¿Dónde tiene su estudio?
—¿Cómo?
—Su estudio de pintor...
—Oh, sí, mi estudio... —carraspeó Harry—. Está al fondo.
—¿Me lleva a él?
—¿No prefiere tomar una copa primero?
—Nunca bebo antes de posar.
—¿Qué pasa, se pone «chispa» con facilidad?
—No, pero tengo esa costumbre. Aceptaré esa copa después, señor Mulligan, tanto si me contrata usted como si no —prometió la modelo.
—Como quiera. Acompáñeme, por favor.
—Gracias.
Harry condujo a la chica al estudio, una espaciosa estancia con dos ventanales enormes, cuyas cortinas se hallaban corridas.
—Tiene usted un estudio precioso, señor Mulligan.
—¿De veras le gusta?
—Muchísimo.
—Gracias, muy amable.
—¿Vamos con las pruebas, señor Mulligan?
—Cuando usted guste.
La modelo se colocó detrás del artístico biombo. Harry vio cómo se sacaba el delgado suéter de punto, color crema, de mangas muy cortas y escote en forma de pico.
La chica lo puso sobre el biombo.
Un instante después, ponía la falda, blanca y plisada. Harry vio que la modelo se llevaba las manos a la espalda.
Iba a despojarse del sujetador.
Y se despojo.
Lo puso también sobre el biombo.
La chica se encogió.
Harry vio cómo levantaba una pierna, y luego la otra. Ya estaba la braguita fuera.
La modelo la puso con el resto de su ropa.
Seguidamente, y con la mayor naturalidad —como toda modelo profesional que se precie—, salió de detrás del biombo y mostró al pintor su cuerpo desnudo.
Un cuerpo increíblemente perfecto.
Delgado, de curvadas caderas y esbeltos muslos, pechos altos, separados y redondos, no muy grandes, pero cubriendo mucho espacio, vientre terso, acogedor...
Harry Mulligan tuvo que reconocer que jamás había tenido ante sí un cuerpo tan hermoso y tan tentador.

La modelo, en vista de que el pintor no decía nada, preguntó:

—¿Me encuentra algún defecto, señor Mulligan?

Harry, que parecía hallarse en otro lugar, haciendo algo más que mirar, volvió a la realidad.

—¿Decía usted...?

—Que si le encuentra algún defecto a mi cuerpo.

—Por delante, ninguno —tosió Harry.

La chica se dio la vuelta, con elegancia y gracia a la vez.

—¿Y por detrás...? —preguntó, sin la menor malicia.

Harry contempló la larga espalda, los sugestivos hoyuelos de la región renal, Tas prietas y erguidas nalgas, de perfecta redondez.

—Tampoco —respondió, procurando que el tono de su voz no delatase lo que realmente sentía en aquellos momentos.

La modelo volvió a mostrarse de frente.

—¿Desea hacerme alguna prueba más? ¿Sentada, acostada, de perfil...? —sugirió.

—No, es suficiente.

—¿Puedo vestirme, entonces?

—Sí.

—Gracias —sonrió la chica, y se colocó de nuevo tras el biombo.

Se vistió con rapidez y salió de él.

—¿Bien, señor Mulligan...? —inquirió.

—¿Bien qué?

—¿Va a contratarme o no?

—Me gustaría poder hacerlo, créame, pero...

La modelo no supo ocultar su desilusión.

—¿Pero...?

—Tengo que confesarle algo, Brenda. Yo no soy pintor.

La chica dilató los ojos.

—¿Cómo ha dicho...?

Harry carraspeó nerviosamente.

—Es cierto, Brenda. El pintor es mi padre. Yo vivo en Los Angeles, y soy investigador privado. Estoy aquí porque mi padre se encuentra en San Francisco. Se fue esta mañana, y no volverá hasta dentro de unos días. Esta casa, a orillas del mar, es ideal para descansar, y como en estos momentos no tengo ningún caso que solucionar...

La sangre se había agolpado en el bello rostro de Brenda Thompson, quien, rezumando ira por sus hermosos ojos azules, estalló:

—¡Es usted un sinvergüenza!

—Bueno, yo... —tosió Harry.

—¡Permitió que me quitara la ropa! ¡Toda la ropa!

—Sólo quería saber si era usted Jenny o no.

La modelo se desconcertó un instante.

—¿Jenny? —pestañeó.

—Sí, la chica de la revista. Venga, se la mostraré —rogó Harry, saliendo del estudio de su padre.

Brenda Thompson fue tras él.

Una vez en el salón, Harry tomó la revista erótica, desplegó la página central, y se la mostró a la modelo.

—¡Esa no soy yo! —rugió Brenda.

—Ya sé que no. ¿Pero verdad que el parecido es asombroso...?

—¡Regular, tan sólo! ¡Yo no tengo tanto pecho!

—Bueno, yo me refería al rostro...

—¡Admito que de cara nos parecemos más, pero no hasta el punto de confundirnos!

—Lo siento, pero yo sí las confundí. Hubiera jurado que se trataba de la misma persona.

La modelo lo masticó con la mirada.

—¡Si yo posara desnuda para una revista, no enseñaría «eso»! —puso el dedo sobre cierto punto de la anatomía de la chica que aparecía en la página plegable.

Harry se vio obligado a toser de nuevo.

—No, supongo que no.

—¡Si no puede tener las piernas más separadas, la muy...!

—Cálmese, por favor.

—¿Que me calme, después de lo que me ha hecho, y con quién me ha confundido?

—Bueno, ya le he explicado que...

—¡Métase sus explicaciones donde le quepan! —le cortó la modelo, y salió como un cohete del salón.

Harry fue tras ella.

—Espere, Brenda.

La modelo no se detuvo.

Harry la alcanzó cuando ya ella abría la puerta.

La cogió del brazo, para que no la cruzara.

—¡Suélteme! —ordenó la muchacha.

—Brenda, yo...

—¡Que me suelte, he dicho! —rugió la modelo, y le dio una bofetada que, si le pilla la oreja, lo deja sordo para toda la vida.

Harry soltó el brazo de la joven, claro.

Y un taco, también, sólo que en voz baja.

Aquello no había sido una bofetada normal, sino una bofetada concentrada.

Que había valido lo menos por doce, vamos.

Brenda Thompson salió de la casa hecha una furia, subió en su coche, un Dodge azul, y se largó a toda prisa, dejando a Harry Mulligan con una mejilla que parecía una tarta de fresas, por lo colorada y por lo que abultaba.

CAPITULO III

Ellen Gruber abrió los ojos, enrojecidos e hinchados.

Se encontró tirada en la solitaria playa, sobre la fina arena.

Movió débilmente la cabeza, sobre la que alguien parecía estar golpeando, con un martillo.

El Ford marrón no estaba.

Tampoco los tipos que la habían violado.

Se habían largado, después de cometer la canallada, dejándola abandonada.

Desnuda.

Dolorida.

Ensangrentada...

Ellen trató de incorporarse.

Sabía que le iba a causar un agudo dolor, pero tenía que intentarlo.

En efecto, el dolor fue terrible, poco menos que insufrible.

Pero Ellen lo resistió.

Era una chica valiente.

Además, su deseo de venganza le daba fuerzas para soportar las dolorosas punzadas que sentía en lo más íntimo de su ultrajada persona.

Sí.

Su sed de venganza era más terrible aún que el dolor que sufría.

Los tipos iban a pagar muy cara su canallada.

Los cuatro, puesto que los cuatro habían abusado de ella del modo más salvaje y repugnante.

No conocía sus nombres completos, pero recordaba bien sus caras.

Suficiente para hacer caer sobre ellos su poder.

Un poder heredado de su madre, y del que ella jamás había querido hacer uso, porque no le gustaba en absoluto ejercer la brujería.

Pero ahora era distinto.

Había sufrido la mayor afrenta que una muchacha decente y honesta podía sufrir: ver destrozada su virginidad y mancillado su cuerpo por un cuarteto de desaprensivos, de seres sin conciencia y sin sentimientos.

Un acto incalificable que clamaba venganza.

La más cruel de las venganzas.

Y ella se hallaba capacitada para aplicarla.

Pero para ello tenía que llegar a su tienda.

Allí disponía de todo lo necesario.

Con gran dificultad, y los dientes fuertemente apretados, para no gritar de dolor —los tipos, antes de largarse, la habían librado del trozo de cinta adhesiva que le cubriera la boca—, logró ponerse en pie.

Al instante trastabilló, y estuvo a punto de caerse de nuevo.

Sus ojos no veían con la suficiente claridad, y sentía mareos y náuseas. Pero lo superó todo, y empezó a caminar por la playa, encogida de dolor y

cubriéndose el cuerpo con el desgarrado vestido todo lo mejor que podía, sin olvidarse de recoger su bolso, que yacía sobre la arena.

Llevaba ya algunos minutos caminando, cuando descubrió luces a lo lejos.

Era una casa.

Una casa grande y moderna, construida a cuarenta metros escasos del mar.

Ellen fue hacia ella.

Allí le proporcionarían la ayuda necesaria.

Alcanzó la casa y pulsó el timbre.

No tardaron en abrir.

El joven que había aparecido, moreno, alto, de aspecto saludable y fuerte, se quedó paralizado al verla con el vestido destrozado y manchada de sangre.

—Por todos los santos del ciclo... —exclamó ahogadamente.

Ellen fue a decir algo, pero de pronto puso los ojos en blanco y se derrumbó.

Por fortuna, Harry Mulligan —Ellen Gruber había ido a dar precisamente con la casa de Harry Mulligan, padre— reaccionó y la sostuvo, librándola de la caída.

—Dios, ¿Qué hago yo ahora...? —murmuró, contemplando el pálido rostro de la desvanecida muchacha.

Dudó entre meterla en su coche y llevarla al hospital más próximo, o entrarla en la casa y atenderla él personalmente.

Se decidió por esto último, entre otras cosas porque ignoraba si la chica querría ir a un hospital o no.

Saltaba a la vista que había sido forzada por uno o más individuos, y eso no todas las mujeres que lo sufren están de acuerdo en confesarlo, por razones obvias.

Harry cerró la puerta con el pie y llevó a la hermosa joven a uno de los dormitorios, el que utilizaba él cuando se quedaba por la noche en la casa de su padre.

La depositó cuidadosamente en la cama y la cubrió hasta el cuello con la sábana. Luego, fue a la cocina y mojó un paño, regresando con él al dormitorio.

Lo pasó con suavidad por la frente y por las mejillas de la muchacha.

Ellen Gruber volvía en sí poco después.

Harry le sonrió tiernamente.

—¿Se siente mejor?

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—Me llamo Harry, y soy el hijo del dueño de esta casa. Llamaron a la puerta, acudí a abrir, y me la encontré a usted. Antes de que pudiera decirme nada, se desvaneció. Yo la tomé en brazos y la traje a mi dormitorio —explicó el investigador.

Ellen sacó una mano de debajo de la sábana y se tocó la sien, con gesto de sufrimiento.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó Harry.

—Sí, terriblemente.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No, no es necesario. Con un par de aspirinas se me pasará.

—En seguida se las traigo.

Harry se ausentó, regresando instantes después con las dos aspirinas y un vaso de agua.

Se las puso a la muchacha en la boca y luego le acercó el vaso.

—Gracias —sonrió levemente ella, cuando las hubo ingerido.

Harry dejó el vaso en la mesilla de noche y se sentó en el borde de la cama.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Ellen; Ellen Gruber.

—¿Dónde vive?

—En Los Angeles, pero poseo una tienda de libros y artículos de brujería en Santa Mónica, que heredé de mi madre. Precisamente salía de allí cuando... —la joven se interrumpió, con un leve estremecimiento.

—Continúe, Ellen —rogó Harry.

—No es agradable recordarlo.

El investigador le tomó cariñosamente la mano.

—Sé lo que le ha pasado, Ellen, pero quiero saber también quién lo hizo.

—Cuatro tipos —informó la muchacha, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Me metieron en un coche y me trajeron a esta solitaria playa, donde fui brutalmente forzada por los cuatro.

—¿Los conocía? —interrogó gravemente Harry.

—No, no los había visto nunca.

—¿Mencionaron sus nombres?

—No, en ningún momento —mintió Ellen.

—¿Podría describírmelos?

—No, me temo que no. Sólo puedo decirle que eran jóvenes, de edades comprendidas entre los veinte y los veinticuatro años.

—¿Recuerda cómo iban vestidos?

—No —volvió a mentir Ellen, pues lo recordaba perfectamente.

—¿Qué coche llevaban?

—No me fijé.

Otra mentira.

Harry dio un suspiro.

—Qué lástima.

—Oiga, ¿por qué me hace tantas preguntas? No será usted policía, ¿verdad?

Harry sonrió.

—No, tranquilícese. Sólo soy investigador privado.

—Menos mal.

—¿No desea denunciar el atropello a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Ya puede suponérselo. Examen médico, declaraciones, interrogatorios... No lo soportaría.

—¿Y va a permitir que esos cuatro canallas continúen en libertad, cometiendo nuevos atropellos?

—No creo que la policía diese con ellos, aunque yo denunciase el hecho. Ya le he dicho que no conozco sus nombres, ni recuerdo sus caras, ni cómo iban vestidos, ni qué coche llevaban...

—Puede que ya estén fichados, y en cuanto viese usted sus fotos en los archivos, quizá...

—No insista, se lo ruego. Lo único que quiero es olvidar lo sucedido, si es que puedo. En cuanto a los tipos, tarde o temprano recibirán su merecido, estoy segura.

—De acuerdo, no insistiré con lo de la policía. Pero sí me gustaría pedirle un favor, Ellen.

—Estoy en deuda con usted, Harry. Puede pedirme lo que quiera —sonrió suavemente la joven.

—Que me autorice a buscar a los tipos que la violaron.

—Harry...

—Mi discreción será absoluta, se lo prometo. Si logro dar con ellos, recibirán su castigo sin que el nombre de usted se mencione para nada.

—¿Me da su palabra?

—Acabo de prometérselo, ¿no?

Ellen Gruber sonrió.

—Está bien, le autorizo a buscarlos. Siempre que no me cobre mucho por ello, claro.

—No le cobraré nada, su caso lo acepto gratis.

—¿Por qué?

—Por ser usted tan bonita.

—¿Nunca cobra sus servicios, cuando el cliente es una mujer joven y atractiva?

—Nunca.

—No me lo creo.

—Hace bien, porque no es verdad —rió Harry.

Ellen le sonrió con agradecimiento.

—Es usted un gran tipo, Harry.

—No todas las mujeres opinan lo mismo, se lo aseguro —repuso el investigador, recordando a Brenda Thompson, la bella modelo, y la tremenda bofetada que ella le dio.

Todavía le escocía la mejilla.

—¿Puedo pedirle algo, Harry?

—Lo que sea, me tiene a su disposición.

—Llene su bañera. Estoy deseando eliminar toda la suciedad que esos cerdos dejaron en mi cuerpo.

—¿No se mareará si abandona la cama?

—No, ya me siento mucho mejor.

—Me alegro. Voy a prepararle el baño.

—¿Puede prestarme una bata, Harry? Ya vio que mi vestido...

—No faltaba más —sonrió Mulligan, y sacó una bata del armario, la cual dejó a los pies de la cama.

—Gracias, Harry.

—No tiene importancia —repuso el investigador, y salió del dormitorio, cerrando la puerta.

* * *

Cuarenta minutos después, Ellen Gruber salía del cuarto de baño, envuelta en la bata que le prestara Harry Mulligan.

El investigador la esperaba con sendas copas de brandy en las manos.

—Esto le sentará bien. Ellen.

—Gracias —sonrió la muchacha, aceptando la copa.

—¿Nos sentamos en el sofá?

—Me gustaría, Harry, pero debo volver a casa.

—¿Por qué tanta prisa?

—Me encuentro cansada, y deseo acostarme cuanto antes.

—Lo comprendo. Tómese el brandy y la llevaré en mi coche.

—Se lo agradezco mucho.

Instantes después, Harry Mulligan ponía en marcha su «Mustang».

—A Los Angeles, ¿no? —dijo.

—No, a Santa Mónica —rogó Ellen Gruber—. Pasaré la noche allí.

—¿En la tienda?

—Toda la casa es mía, mi madre vivía en ella.

—Oh, entiendo.

Minutos más tarde, Harry detenía su coche frente a la tienda que Ellen heredará de su madre.

—Hemos llegado, Ellen.

—Gracias por traerme, Harry.

—Ha sido un placer.

—Mañana le devolveré la bata.

—No se preocupe por eso.

Se miraron unos segundos a los ojos.

Fijamente.

—¿Puedo darle un beso, Harry? —preguntó la muchacha.

—Me ha pisado usted la frase, Ellen —sonrió el investigador, y besó los tentadores labios de la joven.

Tras el beso, Ellen salió del coche.

—Buenas noches, Harry. Y gracias de nuevo por todo —dijo, por la abierta ventanilla.

—La veré mañana, Ellen —le sonrió Mulligan.

El investigador esperó a que la joven entrase en la tienda y entonces puso el Mustang en movimiento, alejándose con él.

Harry se sentía contento.

Ya tenía un nuevo caso en el que trabajar, aunque no fuese a cobrar por ello. Pero eso era lo de menos.

A él le gustaba la actividad, y se ponía de mal humor cuando no tenía nada que hacer.

Lo que Harry Mulligan no sabía era que aquél iba a ser un caso muy especial.

Especial... y horroroso.

Fuerzas poderosas, procedentes del mismísimo Infierno, iban a intervenir en él.

Ellen Gruber ya se estaba preparando para invocarlas.

Y la joven se hallaba absolutamente segura de que acudirían a su llamada.

CAPITULO IV

Después de haber jugado unas cuantas partidas al billar, en el local de Chuck el Calvo, Buck Hayton, Monty Bell, Luke Figgs y Nat Odell se separaron y cada cual se marchó a su casa.

Era tarde.

Casi las doce de la noche.

El gordo Nat vivía en un pequeño piso alquilado, donde, aparte del estrecho dormitorio, el reducido cuarto de baño y la ridícula cocina, sólo quedaba un espacio de no más de tres metros cuadrados, que hacía las veces de recibidor, sala de estar y comedor.

En suma, un asco.

Pero peor estaban Monty y Luke, que vivían en sendas habitaciones alquiladas, sin baño, y que si querían bañarse, hacer pis, o lo otro, tenían que salir de la habitación y llegar hasta el fondo del corredor, que era donde se hallaba ubicado el baño.

Un solo baño para todos los inquilinos.

O sea, que uno para todos y todos para uno, como solían decir D'Artagnan y los mosqueteros Porthos, Athos y Aramís.

Buck era quien más suerte tenía, pues su madre había muerto hacía unos meses, víctima de un ataque al corazón —el golfo de su hijo le daba tantos disgustos que la pobre mujer no había podido resistirlo—, y ahora disponía de una casa más que aceptable para él solo, totalmente de su propiedad.

Nat Odell acababa de entrar en su piso.

Lo primero que hizo fue darle la vuelta a la llave, para que nadie pudiera colarse en él.

Nat no se fiaba ni de su padre, y eso que el pobre hombre llevaba dos anos enterrado.

No, no murió de un ataque al corazón, pese a que el gamberro de su hijo también le daba disgustos a granel. Lo tenía mucho más fuerte que la madre de Buck.

Por eso se arrojó al tren.

La gente decía que había sido un accidente, pero Nat sabía que se había tirado a la vía deliberadamente, pues varias veces le amenazó con hacerlo.

Nat sintió mucho su muerte.

Sí, pero entonces no le quedó más remedio que doblar el espinazo de vez en cuando, para no morirse de hambre.

Y estaba tan poco acostumbrado a ello...

Nat era más vago que una piedra, que si alguien no la aparta, no se mueve.

Sólo se movía a gusto cuando tenía una mujer debajo.

Era el único "trabajo" que le gustaba.

Nat se metió en el dormitorio y se desvistió, conservando sólo el slip.

Así se introdujo en el minúsculo cuarto de baño, donde tenía que moverse

con cuidado, para no arrancar el inodoro de un rodillazo o soltar el lavabo con un golpe de barrigota.

Nat, situado ya frente al lavabo, abrió el armario que colgaba de la pared, y cuya puerta era un espejo.

Iba a cepillarse los dientes.

Como era viernes, se cepillaría los de arriba, al igual que hacía los lunes y miércoles.

Martes, jueves y sábados, se cepillaba los de abajo.

Y los domingos...

Seguro que el sagaz lector está pensando que los domingos se los cepillaba todos, los de arriba y los de abajo.

Pues no.

Los domingos no se cepillaba los dientes.

Dios hizo el domingo para descansar, y como para Nat aquello era trabajo...

Bastante hacía con cepillarse los de arriba tres veces por semana, y otras tantas los de abajo.

Lo dicho, más vago que una piedra.

Nat tomó el tubo de pasta dentífrica y el cepillo, y cerró el pequeño armario.

Entonces comenzó el horror.

Lo primero que vio Nat fue el rostro de la muchacha morena que Buck, Monty, Luke y él violaran apenas unas horas antes en aquella playa cercana a Santa Mónica.

La vio reflejada en el espejo.

¡La chica estaba detrás de él!

Nat dio tal respingo que la pasta dentífrica y el cepillo de dientes volaron por los aires.

Se volvió con brusquedad.

Lo que casi voló ahora fue el lavabo, al que Nat golpeó con su culón.

El gordo se quedó muy quieto.

Con la boca abierta de" par en par.

Reflejando un infinito estupor.

¡No estaba!

¡La chica no estaba tras él

Nat se volvió y miró el espejo de nuevo.

Respingó con la misma fuerza de antes, pues volvía a ver el rostro de la muchacha morena reflejado en el espejo.

Nat se dio la vuelta nuevamente, arreándole por segunda vez al lavabo con su voluminoso trasero.

Ocurrió lo de antes.

La chica no estaba tras él.

Se hallaba solo en el cuarto de baño.

Nat cerró los ojos apretadamente.

¿Qué diablos le ocurría?
¿Por qué creía ver a la muchacha morena?
¿Le remordía la conciencia, acaso?
No.
No podía remorderle, porque carecía de ella.
El había abusado de infinidad de mujeres, al igual que Buck, Monty y Luke, y eso nunca le había quitado el sueño.
¿Qué demonios le sucedía, entonces?
Con mucha lentitud, y no precisamente por temor a acabar de arrancar el lavabo con un nuevo golpe de posaderas, se volvió de nuevo hacia el espejo del armario.
Finas gotas de sudor empezaron a perlarle la frente, porque el rostro de la chica continuaba reflejado en el espejo, como si realmente se hallase detrás de Nat, mirando por encima del hombro de él.
Pero Nat sabía que no era así.
Detrás de él no había nadie.
No podía haberlo, entre otras cosas, porque no cabía.
Sin embargo, Nat empezó a sentir miedo.
Lo que le sucedía no era normal.
Parecía cosa de brujas.
De pronto, Nat recordó que la chica que ellos violaron en la playa tenía una tienda de libros y artículos de brujería.
¿Sería, acaso, la chica una auténtica bruja...?
No, él no creía en brujas.
Todo eso era un camelo.
Cuentos para asustar a los niños.
Y él no era un niño.
Pero lo cierto era que estaba asustado...
Nat, furioso consigo mismo, le pegó un puñetazo al espejo y lo hizo pedazos.
Se lastimó los nudillos, pero no le importó.
Ahora ya no veía el rostro de la maldita muchacha.
Salió del cuarto de baño.
Sin cepillarse los dientes de arriba ni los de abajo.
Como si fuera domingo.
Nat se metió en el dormitorio.
Bueno, no llegó a entrar del todo.
Se quedó clavado en la misma puerta.
Sus ojos se desorbitaron.
¡La chica morena estaba en su cama!
¡Tendida, con el vestido desgarrado de arriba abajo, desnuda y ensangrentada!
Las gotas de sudor que perlaban la frente de Nat eran ya gruesas como guisantes y frías como el hielo.

El miedo del gordo era ya puro terror.

Autentico pánico.

Todo su grasiento cuerpo temblaba, de manera especial sus labios.

Dominado por el pavor, Nat echó a correr hacia la puerta, con intención de abandonar el piso, sin importarle que sólo llevara puesto el slip.

Lo hubiera hecho igual, de ir completamente desnudo.

Pero no pudo abandonarlo.

La llave, que él dejara puesta en la cerradura, después de hacerla girar, no estaba. Había desaparecido.

No podía abrir la puerta.

Nat, aterrado, se volvió.

Casi se derrumbó de espanto cuando vio salir de su dormitorio a la chica morena.

¡Llevaba un cuchillo en la mano!

¡Un cuchillo enorme!

¡De los que se usaban para degollar cerdos!

Muy apropiado, ciertamente, porque Nat lo era.

Como Buck Playton.

Como Monty Bell.

Como Luke Figgs.

Ellen Gruber siguió avanzando hacia él.

Despacio.

Para que la angustia y la desesperación del canalla fuesen mayores.

Ella también padeció angustia.

Y desesperación.

Y dolor...

Nat no se atrevía a hacerle frente.

Ahora ya creía en brujas, y no dudaba que la chica morena lo era.

Lo que estaba sucediendo no tenía otra explicación.

Era sobrenatural.

Ellen Gruber continuaba avanzando, con una siniestra sonrisa en los labios.

Estaba ya muy cerca de Nat Odell.

A un metro escaso.

Otro paso más, y podría hundir su terrorífico cuchillo en el pecho del gordo.

Nat, presa del más infinito horror, lanzó un grito infrahumano y corrió hacia la ventana, por la cual se arrojó de cabeza.

Tardó un poco en escucharse el sordo y trágico ruido que produjo su cuerpo al estrellarse contra el duro suelo.

Lógico.

Nat Odell vivía en un cuarto piso.

CAPITULO V

Harry Mulligan se levantó temprano, porque tenía muchas cosas que hacer.

Después de darse una ducha, y tras haber ingerido el suculento desayuno que él mismo se preparó, montó en su Mustang y fue directamente a la tienda de Ellen Gruber.

Eran las nueve y pocos minutos cuando llegó allí.

La tienda ya estaba abierta.

Harry salió del coche y entró en ella.

Ellen se hallaba tras el mostrador, de espaldas, arreglando un estante, pero se volvió al oír la campanilla de la puerta.

—¡Harry! —se alegró, al descubrir al investigador.

Este se acercó.

—¿Cómo se siente hoy, Ellen?

—Mucho mejor que ayer.

—¿Ha dormido bien?

—Sí.

—¿Sin pesadillas?

La joven se mordió el labio inferior.

—Tuve un par de ellas, pero ya contaba con ello. Después de lo que me ocurrió...

—Es natural.

—También, soñé con usted, Harry —dijo Ellen, sonriendo nuevamente.

—¿Ah, sí...?

—Fue mucho más agradable.

—Usted sí que es agradable —repuso Mulligan, y la besó suavemente en los labios.

Se miraron.

Ellen Gruber vestía una blusa granate, de tirantes, que la ceñía muy sugestivamente, permitiendo adivinar la ausencia del sujetador. La falda, graciosamente corta, era de un amarillo muy vivo.

—Voy por la bata. Harry —dijo la joven, visiblemente turbada.

—No, luego me la llevaré —la detuvo el investigador—. Ahora voy a Los Angeles.

—¿En busca de los tipos que...?

—Sí.

—¿Qué le hace suponer que son de allí?

—De Santa Mónica no pueden ser, los habría visto usted más de una vez.

—Sí, claro.

—¿Puede decirme algo más sobre ellos, Ellen?

—No, lo siento.

—Bien, no importa. Ya me las arreglaré yo para dar con ellos.

—Espero que lo consiga.

—Sería el primer caso que no resolviera —sonrió Harry.
—Lo creo, tiene usted cara de ser muy eficiente.
Harry le acarició la mejilla.
—La veré más tarde. Ellen —dijo, y salió de la tienda.

* * *

Buck Playton se estremeció al leer la noticia en el periódico que acababan de echarle por debajo de la puerta.
¡Nat Odell muerto!
¡Se había caído por la ventana de su piso!
Se había caído... o lo habían arrojado.
Esto no lo decía el periódico, lo pensaba Buck.
Encontraba raro, muy raro, que Nat se hubiese caído por la ventana.
Y llevando sólo el slip...
Buck Playton decidió informar inmediatamente a Monty Bell y Luke Figgs.
Salió de casa, montó en su Ford, y se dirigió al barrio donde se alzaba el edificio de habitaciones donde vivían Monty y Luke.
El piso de Nat estaba en el mismo barrio, unas cuantas manzanas más allá.
Minutos después, Buck llamaba a la puerta de la habitación de Monty.
—¿Quién es? —preguntó el pelirrojo, adustamente.
—¡Soy yo, Monty!
—¡Te abro en seguida, Buck!
En efecto, Monty Bell abría la puerta a los pocos segundos, en pantalones de pijama y descalzo.
—Me has pillado en la cama, Buck —explicó, sonriendo nerviosamente.
—Ya me doy cuenta —repuso Playton, ceñudo.
—¿Ocurre algo, Buck?
—Sí, y es grave.
El pelirrojo se asustó.
—¿Qué ha pasado?
—Nat ha muerto.
Monty abrió desmesuradamente los ojos.
—¿Que Nat qué...? —farfulló.
—Se cayó por la ventana de su piso, según dice aquí —rezongó Buck, entregándole el periódico.
Monty empezó a leer.
—Traeré a Luke —dijo Buck, y fue a la habitación de Luke Figgs.
El rubio también se hallaba todavía en la cama, pero al oír la voz de Buck, saltó de ella y corrió a abrir, cubierto sólo con el slip.
—¿Qué pasa. Buck...? —se alarmó, al ver la expresión del cabecilla de la pandilla.
Buck lo agarró por un brazo y tiró de él, llevándolo hasta la habitación de

Monty, donde lo metió, cerrando la puerta.
AI ver el gesto de estupefacción de Monty, Luke aún se alarmó mas.
—¡Que alguien me diga lo que ocurre, maldita sea! —exigió, terriblemente nervioso.
Monty le pasó el periódico.
—Toma, lee.
También el rubio Luke se llenó de estupor.
—¡Nat muerto...! ¡Se cayó por la ventana...!
—Eso es lo que dice ahí —masculló Buck.
Luke lo miró.
—¿Piensas que no ocurrió así?
—Estoy seguro de que lo empujaron.
Luke y Monty temblaron.
—¿Quién, Buck...? —musitó el rubio.
—¿Y por qué...? —inquirió el pelirrojo.
Buck se mesó el cabello.
—Dos buenas preguntas, para las que aún no tengo respuesta. Pero sí puedo deciros una cosa: quien quiera que sea quien arrojó a Nat por la ventana, es seguro que intentará también acabar con nosotros —advirtió.
Los temblores de Monty y Luke se acentuaron.
—¿Por qué... por qué piensas eso, Buck...? —preguntó el pelirrojo, haciendo un gallo con la voz.
—Sí, ¿por qué? —murmuró Luke.
Buck los miró a los dos.
—La razón es bien simple, muchachos. Nosotros cuatro hemos cometido bastantes fechorías, y siempre juntos. Por tanto, el enemigo de Nat es también nuestro enemigo. A él ya le ajustó las cuentas anoche, y ahora tratará de ajustárnoslas también a nosotros.
Luke y Monty se miraron, aterrados.
—¿Y qué podemos hacer, Buck...? —preguntó el primero.
—Por el momento, sólo una cosa: andar con pies de plomo. Un solo descuido, y seguiremos los pasos de Nat —advirtió Buck, mucho más sereno que sus compañeros.
Monty y Luke, quienes al igual que Nat tenían más de cobardes que de lo otro, sentían deseos de echarse a llorar.
Pero no lo hicieron.
Sabían que Buck les hubiera partido las narices a los dos de sendos castañazos.

CAPITULO VI

Brenda Thompson, la bella modelo profesional, se levantó tarde aquella mañana.

La noche pasada le costó mucho conciliar el sueño, y se dormía más de das tres.

El responsable de que se acostara con los nervios alterados era Harry Mulligan.

Harry Mulligan hijo, por supuesto.

Harry Mulligan padre, el pintor, no tenía nada que ver.

Bueno, sí, quizá él también tuviese parte de culpa.

Si le hubiese advertido de su repentino viaje a San Francisco, ella no hubiera ido a su casa y no habría conocido al carota de su hijo.

Ni se habría mostrado desnuda ante él.

Esto era lo que más la había irritado, y todavía seguía irritándola.

A ella no le importaba mostrar su cuerpo desnudo a un pintor, porque sabido es que los pintores miran a sus modelos con ojos de artista, y no hay malicia ni deseo en sus ojos.

Cierto es que hay algún que otro pintor pillín, de esos que prestan más atención a las curvas de la modelo que al cuadro que están pintando, y que con la excusa de que desean rectificar ligeramente la pose de la modelo, la toquetean descaradamente, pero son los menos.

Toqueteos que Brenda Thompson no toleraba de ninguna de las maneras, porque ella era una chica decente.

Por fortuna, sólo se había tropezado con uno de esos pintores tocones, y cuando él le tocó el seno derecho, indicándole que debía levantarlo un poco más, ella también le tocó algo al pintor.

La cara.

Sí, le dio una fenomenal bofetada y se largó de su estudio, dejándolo compuesto y sin modelo que manosear.

De eso hacía ya bastante tiempo, y no le había vuelto a suceder.

De todos modos, Brenda estaba ya un poco cansada de posar desnuda para los profesionales del pincel.

Pero se pagaba tan bien...

Brenda Thompson se introdujo en el cuarto de baño, se despojó del breve camisón y del pantaloncito que hacía juego con él, y se puso bajo la ducha.

En ella estaba, cuando sonó el timbre de su apartamento.

Le sentó como un puntapié en las nalgas.

Rezongando cosas, cerró la llave de la ducha, se secó un poco con la toalla, se enfundó la bata, metió los pies en las zapatillas, y acudió a abrir, con cara de muy pocos amigos.

Al tirar de la puerta se encontró a un hombre de unos cincuenta y cinco años, alto, fuerte todavía, de revuelta cabellera gris y poblada barba, que

usaba lentes y vestía de un modo más bien estrafalario.

—¿Brenda Thompson...? — preguntó el cincuentón, en tono exquisitamente amable y respetuoso.

—Sí, yo soy —asintió la modelo profesional, irritada todavía por haber sido interrumpida en plena ducha—. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Harry Mulligan.

Brenda no pudo reprimir un respingo.

—¿El pintor...?

—Sí, el mismo —sonrió el hombre.

—Pero ¿usted no estaba en San Francisco...?

—He vuelto esta mañana, aunque no entraba en mis planes regresar hasta el lunes. Pero, de pronto, recordé que anoche tenía que venir usted a mi casa, para hacerle unas pruebas. ¿Fue...?

—Fui —rezongó Brenda.

—Oh, cuánto lo siento, señorita Thompson.

—Más lo siento yo, porque me recibió su hijo.

El pintor respingó.

—¿Harry...?

—Sí, el sinvergüenza de Harry.

—¿Se propasó con usted, señorita Thompson?

—No, ni siquiera me rozó. Aunque no creo que fuera por falta de ganas.

—¿Qué le hizo?

Brenda se lo contó todo, sin omitir detalle.

Harry Mulligan padre se sintió indignado.

—El comportamiento de mi hijo es incalificable.

—Estamos de acuerdo.

—Confundirla a usted con una de esas mujeres que posan desnudas para las revistas eróticas, con las piernas bien abiertas...

—Eso me dolió, sí; pero me dolió mucho más que consintiera que me quitara toda la ropa y me paseara desnuda por delante de él —masculló Brenda.

—Vergonzoso.

—Volvemos a estar de acuerdo.

—No sé qué decir para disculparme, señorita Thompson.

—Usted no es culpable de nada.

—Se equivoca, soy el responsable de todo. No debí olvidar que anoche iba a venir usted a mi casa.

—Su olvido no habría tenido consecuencias si su hijo fuese de otra manera.

—Pero es como es, para mi desgracia —suspiró tristemente el pintor.

—Tiene más cara que un submarino ruso, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

—No sé cómo pude confundirlo con usted. Son ustedes tan distintos...

—Ya no tiene remedio, por desgracia.

—No se aflija usted, señor Mulligan.

—Estoy apesadumbrado, lo confieso. Y no sólo por lo que le hizo el bribón de mi hijo, sino porque, después de tan lamentable incidente, lo más probable es que usted ya no desee posar para mí... ¿Me equivoco?

—Rotundamente.

Los ojos del pintor brillaron tras los cristales de las gafas.

—¿Quiere decir qué...?

Brenda sonrió maravillosamente.

—Que posaré con mucho gusto, señor Mulligan. Siempre que las pruebas que me haga resulten satisfactorias para usted, naturalmente.

—Seguro que lo serán.

—¿Cuándo quiere hacérmelas?

—En cuanto regrese de San Francisco.

—¿Es que se marcha de nuevo...?

—Sí, dentro de unos minutos.

—Oh...

—¿Por qué ese gesto de desilusión, señorita Thompson?

—Me hubiera gustado que realizara usted esas pruebas hoy mismo, para saber si va a contratarme o no.

—Ya puede considerarse usted contratada —sonrió el pintor.

—Es usted muy amable, señor Mulligan, pero tampoco quiero eso —repuso Brenda.

—¿Qué es lo que no quiere?

—Que me contrate sólo por lo que el granuja de su hijo me hizo anoche.

—Oh, no, le aseguro que no es por eso.

—Claro que es por eso. Ningún pintor contrata a una modelo sin antes haber estudiado su cuerpo desnudo.

Harry Mulligan padre recorrió la figura de la modelo profesional con los ojos.

—El suyo es perfecto, salta a la vista.

—¿Cómo puede decir eso, si lo cubro con mi bata?

—No importa, créame.

—Tengo una idea, señor Mulligan.

—¿Una idea?

—Pase usted.

—¿Que pase?

—Sí, por favor.

El pintor entró en el apartamento.

Brenda, tras cerrar la puerta, se separo de él unos dos metros y entonces se soltó el cinturón de la bata.

—¿Qué va a hacer...? —exclamó Harry Mulligan padre.

—Mostrarle mi cuerpo.

—¡No es necesario, de veras!

—Para mí, sí —insistió Brenda, y se abrió la bata, dejándola caer al suelo.

Sin el menor rubor, quedó completamente desnuda ante el pintor.

Harry Mulligan padre carraspeó, pero no hizo ningún comentario.

Brenda Thompson se puso de espaldas a él, para que pudiera contemplarla por detrás.

El pintor dejó escapar otro carraspeo.

Brenda se volvió.

—¿Cuál es su opinión, señor Mulligan? —preguntó, con gran naturalidad.

—Su cuerpo es tan perfecto como yo suponía, señorita Thompson. Realmente maravilloso.

—¿Me contrata, pues?

—Por un año.

—¿Un año ? —exclamó Brenda, respingando.

Fue delicioso, porque le respingó todo.

Harry Mulligan padre esperó a que todo quedara quieto y entonces explicó:

—Pienso pintar una docena de cuadros con usted como modelo, a razón de uno por mes.

—Pero, eso le costará...

—No se preocupe por el dinero, le pagaré lo que me pida. Con una modelo tan hermosa como usted, mis cuadros se venderán como rosquillas.

Brenda se sintió profundamente halagada.

—Qué amable es usted, señor Mulligan.

—Póngase la bata, por favor. Va a coger frió.

—Si no hace... —rió la modelo, recogiendo su bata del suelo y enfundándosela.

—¿Puedo pedirle un favor, señorita Thompson?

—Claro.

Harry Mulligan padre se tironeó la espesa barba.

—Se trata de mi hijo.

—¿Qué pasa con él?

—No quiero que se salga de rositas, después de lo que le hizo a usted.

—Si está pensando en darle una lección, cuente conmigo.

—¿De veras está dispuesta a...?

—Haré lo que sea, con tal de que esa «joya» que tiene por hijo aprenda a respetar a las mujeres.

El pintor sonrió ampliamente.

—No sabe qué alegría me da, señorita Thompson.

—Y usted a mí, se lo aseguro. Vamos, dígame qué es lo que tengo que hacer.

—Enamorarle.

—¿Enamorarle...? —exclamó Brenda, pestañeando, porque eso ni siquiera se le había pasado por la imaginación.

—No le será difícil lograrlo, con lo hermosa y encantadora que es.

—¿Y cuando lo haya logrado...?

—Entonces le dirá la verdad, que todo fue una farsa.

—Será un auténtico mazazo para él... —murmuró Brenda.

—Lo está pidiendo a gritos. Harry es un mujeriego, ¿sabe? Conoce a una chica, la enamora, se la lleva a la cama unas cuantas noches, y luego le da la patada.

Brenda se llenó de coraje.

—¿De veras hace eso, señor Mulligan...?

—Continuamente —asintió el pintor.

—Entonces, no hay más que hablar. Esta vez, la patada la va a recibir él —aseguró Brenda, deseando ya poner en práctica el plan ideado por Harry Mulligan, padre.

CAPITULO VII

—Nos veremos en los billares de Chuck, muchachos —dijo Buck Playton, y abandonó la habitación de Monty Bell.

Este y Luke Figgs se miraron.

Pálidos.

Asustados.

—¿Estará Buck en lo cierto, Monty...? —habló quedamente el rubio.

—Me temo que si, Luke —respondió el pelirrojo, con voz débil, también.

—El padre de Nat se arrojó al tren...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, que quizá Nat se arrojó voluntariamente por la ventana, sin que nadie le empujara...

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Bueno, tal vez eso de suicidarse sea hereditario...

—No seas idiota, Luke. El padre de Nat se suicidó porque estaba hasta la coronilla de su hijo, pero Nat no tenía motivos para quitarse la vida. Además, para suicidarse hay que tener mucho valor, y Nat era un gallina. No se hubiera tirado ni de lo alto de una silla.

—A lo mejor es verdad que se cayó...

—Tendría que haber estado borracho, y ése no era el caso.

Monty y Luke estuvieron más de dos minutos sin decir nada.

El pelirrojo se pasó una mano por la cara.

—Hoy me toca afeitarme —rezongó.

—Y a mí —dijo el rubio.

—Yo lo he dicho primero.

—De acuerdo, ve tú ames. No vamos a discutir por eso. Cuando acabes, avísame —rogó Luke, y salió de la habitación.

Monty atrapó su toalla, la brocha, el jabón de afeitar, la navaja barbera, y un frasco de loción.

Con todo ello en las manos —excepto la toalla, que se había echado al hombro—, salió de la habitación, cuya puerta cerró con llave, dirigiéndose seguidamente al cuarto de baño.

Ya saben, el de todos para uno y uno para todos.

Monty lo alcanzó e hizo girar el pomo de la puerta.

Rezongó una maldición al ver que el pasador estaba echado.

El baño se hallaba ocupado.

Como casi siempre.

Menos mal que Monty sólo deseaba lavarse y afeitarse, porque si llega a ser una necesidad orgánica...

Ya le ocurrió una vez, y se tuvo que ir corriendo al bar de la esquina, llegando a tiempo por los pelos.

El pelirrojo, poco amante de las esperas, golpeó la puerta con la palma de

la mano.

—¡Dese prisa quien sea! —barbotó.

Unos segundos después, se oía descorrer el pasador y la puerta se abría, dejando ver a una rubia teñida de rostro sólo medianamente atractivo, pero tremendamente descarado.

La chica, de unos veinticinco años de edad, cubría con una llamativa bata sus acusadas formas.

—¿Tienes prisa, Monty...? —preguntó, con sonrisa de fulana.

—Sí —gruñó el pelirrojo—, ¿Has terminado ya, Lorna?

—Casi.

—Dale prisa, por favor.

—Pasa, si quieres —invitó, apartándose.

Monty titubeó, pero finalmente entró en el baño.

La rubia corrió de nuevo el pasador.

—Sólo me falta pintarme los labios —dijo.

—Hazlo.

—¿No le gustaría que hiciera otra cosa?

—¿Por ejemplo...?

—Quitarme la bata.

—¿Para qué?

—No llevo nada debajo.

—Ya lo supongo.

—¿Lo hago, Monty? —las manos de Lorna fueron hacia el cinturón.

—Sería perder el tiempo.

—¿No te apetece hacerme el amor?

—Tú cobras por eso.

—A ti te haré un precio especial, por vivir en el mismo edificio.

—Gracias, pero no me interesa.

—¿Estás seguro...? —sonrió malévolamente la prostituta, al tiempo que se abría la bata de par en par.

Los ojos del pelirrojo se clavaron como dardos en los rotundos pechos de la profesional del amor, en sus amplias caderas, en su vientre, de suave curva, en su frondoso pubis, en sus macizos muslos, que ella mantenía muy ¡untos escondiendo lo más íntimo...

—¿Cuánto? —preguntó, casi sin darse cuenta.

—Para ti, sólo veinte dólares.

—Cinco —ofreció Monty.

—¡No seas ridículo! —Rió Lorna—. Por cinco dólares no me dejo ni acariciar un pecho.

—Lo siento, pero es todo lo que tengo en este momento.

—Entonces, ya hablaremos del asunto cuando consigas los otros quince —repuso la rubia, cerrándose la bata—. Que te diviertas con el afeitado, Monty —le sonrió, y abandonó el cuarto de baño.

El pelirrojo dio un suspiro de resignación y echó el pasador.

No estaba disgustado por la negativa de Lorna.

Su instinto sexual había quedado sobradamente saciado la noche pasada en aquella desértica playa cercana a Santa Mónica, y con una hembra mucho más hermosa que la rubia Lorna.

Y mucho menos manoseada.

En realidad, sólo un hombre gozó de ella antes que él: Buck.

El fue el segundo.

Luke, el tercero.

Y Nat...

Monty se estremeció ligeramente al recordar a Nat y el trágico fin que éste había tenido.

Volvió a sentir miedo, porque cabía la posibilidad de que él, Luke y Buck acabasen trágicamente también.

Hondamente preocupado, Monty Bell dejó sus cosas sobre el lavabo y se dispuso a afeitarse.

Ya se había enjabonado totalmente la cara, cuando sucedió algo que hizo que toda la piel de su espigado cuerpo se erizara.

Ocurrió cuando su mano intentaba coger la navaja de afeitar.

En ese preciso instante, la navaja se elevó sola, como atrapada por una mano invisible, y quedó suspendida en el aire, a la altura del rostro del pelirrojo y a un palmo escaso de él.

Monty la miró, con ojos dilatados.

Absolutamente atónito.

De pronto, la navaja se abrió.

La afiladísima hoja de acero produjo un destello.

Monty se frotó los ojos con fuerza, creyendo estar viendo visiones, pero cuando retiró los dedos, siguió viendo la navaja.

Suspendida en el aire.

En la posición correcta.

Como empuñada por un barbero invisible, que de un instante a otro iba a empezar a afeitarle.

El barbero invisible entró en acción.

Pero su objetivo, por lo visto, no era la barba del pelirrojo, sino su cuerpo.

La brillante hoja trazó una línea de unos diez centímetros en el pecho desnudo de Monty, en diagonal, pasando justo sobre la tetilla derecha.

La herida, de medio centímetro escaso de profundidad, sangró instantáneamente.

Monty, paralizado hasta entonces por un hecho que creía producto de su imaginación, pegó un salto hacia atrás.

Se tocó la herida.

Su mano tembló al contacto de la sangre caliente.

Su mano, y todo su cuerpo.

Sí.

El terror se había apoderado de toda su persona.

Con ojos desencajados, miró la navaja de afeitar.
La vio desplazarse en el aire.
Directa hacia él.
Monty quiso gritar, pero no le salió la voz.
Sus cuerdas vocales estaban paralizadas por el horror.
Un horror que no había hecho más que empezar
El filo de la navaja trazó otra línea en el pecho del pelirrojo, esta vez, en el lado izquierdo.
La misma forma.
La misma longitud.
La misma profundidad...
La sangre brotó en el acto, deslizándose con rapidez torso abajo.
Monty retrocedió, aterrado.
Pero no pudo retroceder mucho, porque tras él estaba la pared.
Pegó su espalda a ella, con fuerza, como queriendo atravesarla y escapar de aquella horrenda pesadilla.
La navaja fue de nuevo hacia él.
Monty intentó atraparla por el mango, pero la navaja se desplazó súbitamente, burlando la mano del pelirrojo.
Un instante después, trazaba un tercer surco en el estremecido cuerpo de Monty.
Sobre el estómago.
Horizontal.
Monty, a punto ya de volverse loco de terror, corrió hacia la puerta y trató de abrirla.
Fue como si tocara un cable de alta tensión.
Monty tembló, sacudido por aquella extraña y poderosa corriente eléctrica, y luego salió despedido hacia atrás, cayendo dentro de la bañera.
Se propinó un fuerte golpe en la cabeza, pero no llegó a perder el sentido.
La razón era lo que estaba a punto de perder, a causa de tanto hecho sobrenatural.
No podía gritar, no podía detener la maldita navaja, no podía abrir la puerta...
Quedó en la bañera, las piernas colgando por fuera, sin fuerzas para levantarse.
La navaja fue nuevamente en su busca.
Lentamente.
Siniestramente.
Como si disfrutara con la angustia y con el sufrimiento de su víctima.
Monty, aunque sabía que no lo conseguiría, intentó atraparla.
En efecto, no lo consiguió.
La navaja parecía tener vida propia y esquivó su mano con facilidad para, apenas un segundo después, herirle en el hombro.
Y casi en seguida en el otro hombro.

Y en la mejilla.

Y en la otra mejilla.

Y en el muslo.

Y en el otro muslo.

Y en el vientre...

Monty quería aullar de dolor, pero su garganta seguía muda, oprimida, como si una mano de hierro la aprisionara, y sólo lograba boquear como un pez fuera del agua y arrugar su rostro, en el que la espuma del jabón de afeitar ya no era blanca, sino roja, a causa de la sangre que brotaba de las heridas de ambas mejillas.

En realidad, todo su cuerpo estaba cubierto de sangre, pues los cortes eran ya múltiples y estaban perfectamente distribuidos.

De pronto, el ser invisible que manejaba la navaja de afeitar se materializó a los ojos de

Monty Bell.

A éste casi se le saltaron de las órbitas cuando vio ante sí a la muchacha morena que él, Buck, Luke y Nat violaran en la solitaria playa la noche anterior.

Con el vestido desgarrado de arriba abajo.

Sin ropa interior.

Los muslos y el vientre manchados de sangre...

El horrorizado Monty lo comprendió todo de golpe.

¡La chica no sólo tenía una tienda de libros y artículos de brujería, sino que practicaba ésta!

¡Tenía poderes sobrenaturales!

¡Era una bruja!

Monty se arrugó de forma increíble en la bañera.

Parecía un niño aterrorizado.

Pero no era un niño.

Era un hombre.

Un hombre capaz de raptar y violar a una muchacha decente, honesta, indefensa...

Tan capaz como Buck Playton.

Tan capaz como Luke Figgs.

Tan capaz como Nat Odell...

Nat ya había pagado su canallada.

Ahora le tocaba a Monty.

No habría piedad para él.

Ni para Buck.

Ni para Luke.

Todos sufrirían el peso de la venganza de Ellen Gruber.

La venganza de una bruja.

CAPITULO VIII

Harry Mulligan entró en la tienda de Ellen Gruber, haciendo sonar la campanilla de la puerta.

—¿Ellen...? —llamó, al no ver a la muchacha.

Ella no le respondió.

Harry empezó a preocuparse.

—¿Donde está, Ellen...? —insistió, pasando al otro lado del mostrador, donde había una puerta, disimulada por una cortina.

Harry apartó ésta y asomó la cabeza.

Encontró una estancia cuadrangular, con muebles más bien antiguos, recios y limpios. A la derecha, se veía una escalera de medio caracol.

Harry fue hacia ella.

—¿Ellen...? —llamó una vez más, subiendo ya los primeros peldaños.

De pronto, Ellen Gruber apareció en lo alto de la escalera.

Nerviosa.

El rostro brillante de sudor.

La respiración agitada.

—Ellen... —pronunció quedamente el investigador, que se había quedado parado.

—Hola, Harry. No le esperaba tan pronto —dijo ella, con una sonrisa que pretendía ser natural, pero que distaba mucho de serlo.

—¿Se encuentra bien, Ellen?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Le brilla la piel y su respiración...

—Es que estaba limpiando un poco, y con el ejercicio... —explicó la joven, bajando la escalera—. Los sábados apenas vendo nada, y aprovecho para quitar el polvo a los muebles y fregar el suelo.

—Entiendo —sonrió ligeramente Harry—. Disculpe usted que me haya atrevido a llegar hasta aquí, pero temí que le hubiera sucedido algo. Como no respondía a mis llamadas...

—No tiene por qué disculparse, Harry. ¿Sabe ya algo de los tipos que abusaron de mí?

El investigador le mostró el periódico que llevaba en las manos, señalando la fotografía que aparecía en él.

—¿Reconoce a este tipo, Ellen?

La muchacha observo la fotografía.

—No, su cara no me dice nada —mintió.

—Fíjese bien.

—Lo estoy haciendo, se lo aseguro.

—Es uno de los sujetos que la violaron anoche.

—¿De veras...? —fingió sorprenderse Ellen.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Antes de ir a Los Angeles, estuve en el lugar donde los tipos la forzaron. Y encontré esto... —Harry sacó algo del bolsillo derecho de su pantalón y se lo mostró a la joven.

Ellen lo observó.

—Es un botón... —murmuró.

—Sí, un simple botón. En principio, no me sirvió de nada, claro. Más tarde, ya en Los Angeles me enteré por el periódico de la muerte de este tipo. Una muerte ciertamente sospechosa pues, como puede leer sobre la fotografía, el sujeto se cayó por la ventana de su piso. Un cuarto piso.

—No es la primera vez que alguien se cae por una ventana, Harry...

—No, ni será la última. Pero para mí, ese tipo de muerte siempre será sospechosa, así que me fui a ver al teniente Fenady, buen amigo mío, y le rogué que me permitiera dar un vistazo al piso del tal Nat Odell. Allí encontré, entre otras cosas, una camisa a la que le faltaba un botón. Un botón como éste...

Ellen Gruber se mordisqueó los labios, pero no hizo comentario alguno.

—¿Por qué me mintió, Ellen? —interrogó Mulligan.

—Yo no le mentí Harry —negó ella.

—Dijo que no reconocía al tipo.

—Y es cierto, no lo reconocí. Ya le dije anoche que no pude verles bien las caras. Tenía los ojos anegados en lágrimas, lo veía todo borroso... —Ellen se cubrió el rostro con las manos y sollozó silenciosamente.

Harry la abrazó cariñosamente.

—Perdóneme, Ellen. Soy un bruto, nunca debí hablarle así.

—No tiene importancia.

—Retire las manos de su rostro.

—¿Para qué?

—Quiero darle un beso.

Ellen las apartó en seguida.

—No le importa, ¿verdad? —dijo Harry, retirándole el cabello con delicadeza.

—En absoluto —sonrió dulcemente la joven.

El investigador la besó.

Ellen le devolvió la caricia.

Luego, se miraron a los ojos, abrazados todavía.

—¿Por qué será que me gusta besarla. Ellen?

—¿Por qué será que a mí me gusta que me bese?

—Debe ser que nos hemos caído mutuamente bien.

—Muy bien, de eso no hay duda.

—¿Nos besamos otra vez?

—Sí.

Se dieron otro beso.

Más largo que el anterior.

Y mucho más apasionado.

Harry Mulligan hubiera querido acariciar el esbelto cuerpo de Ellen Gruber, pero no se atrevió. Le contuvo el recuerdo de lo que la joven había sufrido la noche anterior.

No era oportuno, estaba todo demasiado reciente.

Tras el beso, volvieron a mirarse

—Tus labios saben a melocotón —dijo Harry, tuteándola.

—Y los tuyos, a tabaco —repuso Ellen, correspondiendo al tuteo.

—Soy un fumador empedernido.

—No te preocupes, a mi me encanta el sabor a tabaco —aseguró Ellen, y ahora fue ella quien buscó los labios de él.

Harry sintió nuevamente deseos de recorrer con sus manos las tentadoras formas de Ellen Gruber, pero por segunda vez logró contenerse.

—Te dejo, Ellen. Tengo que volver a Los Angeles.

—¿Ahora?

—Sí. Descubierta la identidad de uno de los tipos que te violaron, será mucho más fácil dar con los otros tres.

—Supongo que sí.

—¿No te alegra que haya descubierto a uno de ellos?

—Claro que me alegra. Y aún me alegra más que se cayera por la ventana de un cuarto piso y se matara. Se merecía un final así, por cerdo, por miserable, por canalla. Ojalá los otros tres se cayeran también. Y desde más alto, si es posible.

—Te comprendo perfectamente, Ellen, pero no me gusta que hables así.

—Si tú hubieras sufrido lo que yo...

—¿Estarás esta tarde aquí, en la tienda, o en tu apartamento de Los Angeles? —preguntó Harry.

—Aquí. Esta noche también pienso dormir en Santa Mónica —respondió la joven.

—Entonces, te veré esta tarde.

—Te estaré esperando, Harry.

El investigador la besó en la naricilla y abandonó la tienda.

Tan pronto como quedó sola, Ellen Gruber se fue escaleras arriba y se introdujo en una extraña habitación.

Extraña... y macabra.

Allí era donde su madre practicaba la brujería.

Donde pedía ayuda a las fuerzas del Más Allá.

Donde invocaba a Satán y a todos los demonios del Infierno.

Ellen se encerró en la siniestra habitación y procedió a desnudarse.

Completamente.

Era así, totalmente desnuda, como debía pedir la ayuda que necesitaba para acabar con los dos tipos que aún continuaban con vida de los cuatro que la violaron la noche anterior.

Y tenía que darse prisa.

Harry Mulligan ya tenía una valiosa pista para dar con ellos.

Y ella no quería que los hallase con vida.

Ellen Gruber se dejó caer de rodillas sobre la roja alfombra y levantó los brazos.

Con los ojos cerrados y el cuerpo rígido, tenso, vibrante, empezó a pronunciar, frente a una especie de altar pagano iluminado con velas negras, las palabras que le enseñara su madre, y que ella siempre se había resistido a repetir.

Y que quizá nunca hubiera repetido, si Buck Playton, Monty Bell, Luke Figgs y Nat Odell no hubiesen ultrajado su virginal cuerpo de aquella forma tan brutal y salvaje.

Pero, lo habían hecho, y debían pagar por ello.

Con la vida.

* * *

Buck Playton se hallaba en los billares de Chuck el Calvo, matando el tiempo con un taco en las manos.

Se entretenía en una de las mesas del fondo, sin nadie a su alrededor.

De pronto, Luke Figgs irrumpió en el local.

Pálido.

Tembloroso.

Desencajado.

Buscó con la mirada a Buck Playton.

Como náufrago que busca un madero donde agarrarse.

Al descubrirlo, corrió hacia él.

Buck lo vio venir.

Al instante adivinó que algo grave había sucedido. Por la cara que traía Luke, se diría que había visto un fantasma.

O a Lucifer en persona.

El rubio se detuvo ante él, el resuello perdido.

—¡Buck! —lo agarró por el chaleco.

—¿Qué diablos te pasa, Luke?

—¡Monty!

—¿Le ha ocurrido algo?

—¡Se lo han cargado!

El rostro de Buck Playton se endureció.

—¿Quién?

—¡No lo sé!

—Cuéntamelo lodo, Luke. Pero con calma, ¿eh?

—¡Me temo que no podré calmarme!

—¿Quieres que te arree con el taco?

—¡No!

—Pues deja de bailotear, maldita sea. Y suéltame el chaleco, que me lo vas

a destrozar.

Luke lo soltó y se esforzó por dominar sus temblores, pues creía muy capaz a Buck de romperle el taco en la testa.

—Ya estoy más tranquilo, Buck.

—Bien. Ahora, desembucha.

—Se han cargado a Monty, Buck.

—Eso ya lo dijiste antes. Lo que quiero saber es cómo.

—Con su propia navaja de afeitar.

—¿Dónde, en su habitación?

—No, en el cuarto de baño. Monty fue a afeitarse. Yo también tenía que ir, pero él quiso ir primero. Cada vez que lo pienso se me pone la carne de gallina, porque si llego a ir yo primero, ahora sería yo el cadáver y él te estaría informando a ti de mi muerte. El tipo debía estar esperando en el cuarto de baño, y en cuanto Monty entró...

—¿Nadie le oyó gritar, Luke?

—No. Y es extraño, porque el asesino le causó más de dos docenas de heridas en el cuerpo.

—¿Quieres decir que lo torturó, antes de quitarle la vida...?

—Sí, horriblemente. Monty debió sufrir lo indecible, hasta que el último tajo, en la garganta, espantosamente profundo, le segó la vida.

Buck Playton, impresionado, inquirió:

—¿Cómo lo descubriste, Luke?

—Le dije a Monty que me avisara cuando saliese del cuarto de baño para entrar yo, pero pasaba el tiempo y él no llamaba a mi puerta. Extrañado, salí de la habitación y me acerqué al baño. El pasador estaba echado, así que llamé. Nadie me respondió. Preocupado, cargué contra la puerta con el hombro e hice saltar el pasador. Casi me caigo en redondo cuando descubrí a Monty, tirado en la bañera como un muñeco, sobre un mar de sangre y con la expresión más horrible que puedas imaginarte en sus ojos.

Buck entrecerró los suyos.

—¿Has dicho que el pasador estaba echado?

—Sí.

—¿Cómo es posible, si el asesino ya se había largado? ¿Por dónde salió?

—No lo sé, Buck. Tan extraño es eso, como que Monty no gritara al ser atacado por el asesino. No tenía la boca tapada, ni las manos atadas...

Buck Playton quedó pensativo.

—El asesino debe ser un tipo muy inteligente, Luke. Y, por tanto, muy peligroso... — rezongó.

—Y muy cruel —añadió el rubio—. A Nat se limitó a arrojarlo por la ventana, pero a Monty...

—Os dije a los dos que anduvieseis con pies de plomo, poique al menor descuido, seguiríais los pasos de Nat. Monty lo tuvo, y ya ves lo que le pasó.

—¿Quién iba a suponer que el asesino acechaba ya en el edificio, cuando tú nos advertiste del peligro que corríamos los tres? Igual pudo haberte

sorprendido a ti...

—No, a mí no le será fácil sorprenderme. Yo no me asusto por nada, y tengo agallas suficientes para hacer frente a quien sea, donde sea, y como sea. Cuando venga por mí, porque estoy seguro que vendrá, se lo demostraré —dijo Buck Playton, con los dientes apretados.

CAPITULO IX

Brenda Thompson se estaba maquillando, sentada frente al espejo del locador.

Y se estaba esmerando mucho.

Quería estar más hermosa que nunca.

Más turbadora.

Más irresistible.

En cuanto acabase de maquillarse, se pondría su vestido más seductor c iría a la casa de Harry Mulligan padre.

Para ver a Harry Mulligan hijo, naturalmente.

Harry Mulligan padre había regresado a San Francisco.

Brenda le había prometido que haría lo que fuera con tal de enamorar a| sinvergüenza de su hijo, y para ello se estaba preparando.

En el preciso momento en que terminaba con lo del maquillaje, el timbre de la puerta se dejó oír.

Brenda se levantó de la banqueta y, en bata y zapatillas, salió de su dormitorio y fue hacia la puerta.

Cuando abrió, se llevó una tremenda sorpresa.

¡Era Harry Mulligan hijo!

¡El carota de Harry!

¡El sinvergüenza dé Harry!

¡El mujeriego de Harry!

Brenda quedó sin habla.

Harry Mulligan carraspeó ligeramente y ofreció el hermoso ramo de flores que portaba a la modelo profesional.

—Son para usted, Brenda.

La joven, perpleja todavía, no sabía si aceptarlas o no.

Pero de pronto recordó que tenía que enamorar al hijo del pintor, para darle una lección, y ya no dudó en aceptar las flores.

—Son preciosas, Harry... —murmuró—. ¿Por qué se ha molestado?

—Era lo menos que podía hacer, después de lo sucedido anoche.

—Oh, no fue tan grave —sonrió Brenda.

El investigador subió las cejas.

—¿Lo dice en serio?

—Claro.

—Pero, yo creí que...

—Me enfadé, no voy a negarlo. Prueba de ello es que le di una buena bofetada. Pero luego, al analizar fríamente lo sucedido, me arrepentí de haberle pegado. Usted me había confundido con Jenny, la chica de la revista erótica, y por eso permitió que me quitara la ropa. Se convenció de que yo no era Jenny y entonces ordenó que me vistiera. Pudo haberme hecho adoptar distintas poses, para contemplarme más tiempo desnuda. O tocarme, con el

pretexto de corregir algunas de las poses. Pero no hizo ni una cosa ni la otra. En lugar de intentar aprovecharse de la situación, me confesó que no era pintor, y me pidió disculpas. Disculpas que yo debí aceptar inmediatamente, en vez de comportarme como una niña estúpida.

Harry Mulligan tenía la boca abierta.

Como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

Brenda le sonrió burlonamente.

—¿No quiere pasar, Harry?

—Me gustaría, sí.

—Adelante, pues.

El investigador penetró en el apartamento.

Brenda cerró la puerta y lo condujo al living.

—Disculpe que le haya recibido en bata, Harry.

—Oh, no tiene importancia.

—¿Cómo supo dónde vivía?

—Lo averigüé por el listín telefónico.

—Ya. ¿Le apetece beber algo, Harry?

—No, gracias. Desgraciadamente, sólo podré quedarme unos minutos.

—¿Por qué? ¿Le espera alguien?

—Como le dije anoche, soy investigador privado, y tengo un caso entre manos.

—¿No había ido a casa de su padre a descansar, porque no tenía ningún caso que solucionar...? —recordó Brenda.

—Sí, pero anoche mismo, al poco de marcharse usted, me surgió uno. Una muchacha fue violada en la playa, no lejos de la casa de mi padre, por cuatro individuos, y los estoy buscando.

—Dios mío... —se estremeció la modelo.

—La chica llamó a mi puerta, con el vestido desgarrado y ensangrentada. Se desvaneció justo cuando yo abría la puerta.

—Cuéntemelo todo Harry —rogó Brenda, vivamente interesada, al tiempo que obligaba al investigador a sentarse en el sofá.

Ella se sentó a su lado.

Al hacerlo, la bata se le abrió por abajo, y parte de sus esbeltos muslos quedó al descubierto.

La modelo pareció no darse cuenta.

O no concederle importancia.

Harry Mulligan, tras dirigir una fugaz mirada a las esculturales piernas de Brenda Thompson, le refirió lo que hizo después de que Ellen Gruber se desvaneciera.

—Pobre muchacha... —musitó la modelo—. Encuentro lógico que no deseara hablar con la policía.

—Sí, yo también. Pero esos canallas deben recibir su merecido, y yo voy a ocuparme de ello.

—¿No será peligroso, Harry? —observó Brenda, sinceramente

preocupada.

—Ya estoy acostumbrado, y sé cómo desenvolverme en casos como éste.

—¿Por qué eligió una profesión tan arriesgada?

—No lo sé. Quizá todo se deba a que pinto muy mal —sonrió el investigador.

—¿Y su padre, cómo pinta?

—Oh, él es fenomenal. Y no lo digo porque sea su hijo, palabra.

—Le admira usted, ¿eh?

—Mucho. Como artista y como persona. Mi padre es un hombre extraordinario. Ya me conformaría yo con valer la mitad que él...

—Oh, vamos, no diga eso. Usted también parece una excelente persona. Y estoy segura de que lo es. Lo prueba el hecho de que se haya propuesto encontrar a los violadores de esa pobre muchacha sin cobrarle un solo centavo por ello.

—Le agradezco mucho sus palabras, Brenda, pero le aseguro que mi padre no opina igual de mí.

—¿No se llevan ustedes bien?

—Lamentablemente, no.

—¿Cuál es la causa?

—Mi soltería.

—¿En serio...? —pestañeó Brenda.

—Mi padre quiere verme casado, y no entiende que yo no puedo contraer matrimonio con la primera chica que encuentre. Yo no estoy en contra del matrimonio, pero no pienso casarme hasta que no encuentre una mujer a la que quiera de verdad, de la que no me sea posible separarme un minuto sin tener que sentirlo profundamente. Una mujer, en suma, que haga que me olvide de todas las demás.

El desconcierto de Brenda Thompson era evidente.

No esperaba que Harry Mulligan hijo se expresase de un modo tan sincero y tan honesto.

—¿Le ocurre algo, Brenda? —preguntó el investigador.

—¿A mí?

—Me mira de un modo extraño...

La modelo sonrió.

—Usted debe estar acostumbrado a que las mujeres lo miren, Harry.

—¿Por qué dice eso?

—Es alto, fuerte, apuesto...

—Caramba, muchas gracias.

—Seguro que las mujeres se lo rifan.

—Bueno, tanto como eso... —tosió Mulligan.

—Dígame la verdad, Harry. ¿A que cada noche se acuesta con una mujer distinta?

—No, cuando me acuesto con una mujer, suelo repetir con ella unas cuantas noches, con el fin de conocerla mejor y saber si significa algo más

para mí que un rostro atractivo y un cuerpo deseable. Hasta ahora, desgraciadamente, no ha sido así.

—Siga, buscando, Harry, y no desespere.

—No, si yo no desespero. El que se desespera es mi padre que ha cogido una perra con eso de tener nietos...

—Es natural que desee ser abuelo.

—Eso lo comprendo. Pero no que me llame sinvergüenza y mujeriego porque me acuesto con mujeres con las que luego no me caso. Ni que yo las engañara, para llevarlas a la cama...

—¿No ha engañado nunca a ninguna?

—Jamás. Yo no hago promesas que luego no sé si voy a cumplir.

—Le creo, Harry.

—Gracias —sonrió el investigador, y se puso en pie.

—¿Se marcha ya. Harry...?

—Sí, aunque con todo el dolor de mi corazón, lo confieso. Conversar con usted es tan agradable, que...

—También para mí lo es conversar con usted, Harry —devolvió el cumplido la modelo, levantándose.

—¿Puedo invitarla a cenar alguna noche, Brenda?

—Aceptaré encantada.

—Ojalá pudiera ser esta noche.

—¿Y no podrá ser?

—Todavía no lo sé, depende de cómo vaya el caso que llevo entre manos. Quizá sí.

—No me moveré de casa, por si acaso.

—Haré todo lo posible, se lo aseguro.

—Lo sé.

—Adiós, Brenda.

—Adiós, Harry. Y gracias por las flores.

El investigador abandonó el apartamento de la modelo.

Brenda Thompson quedó pensativa.

Sumida en un mar de dudas.

Y es que Harry Mulligan hijo estaba resultando ser muy distinto de como su padre lo había pintado.

Y de como ella misma creía que era.

Le había recibido en bata.

Le había mostrado deliberadamente las piernas por la abertura de la misma, para ver si la mano de él...

Pero nada.

Su comportamiento había sido de lo más correcto en todo momento.

Ni siquiera se atrevió a darle un beso de despedida.

Sí.

En aquella ocasión, al menos, Harry Mulligan hijo había demostrado ser un perfecto caballero.

CAPITULO X

Lorna, la rubia teñida que se ganaba la vida proporcionando placer a los hombres, respingó nerviosamente cuando llamaron a la puerta de su habitación.

Enfundada en un cortísimo vestido estampado que la ceñía mucho, cuyo escote le permitía mostrar con generosidad sus abultados senos, y bajo el cual se advertía que no llevaba otra cosa que una exigua braguita. Se acercó con cierto temor a la puerta y la entreabrió, sin desenganchar la cadena de seguridad.

—¿Lorna Janssen...? —preguntó el tipo que aguardaba en el corredor.

—Sí —asintió la prostituta—. ¿Quién es usted?

—Me llamó Mulligan; Harry Mulligan.

—¿Policía...?

—No, sólo investigador privado.

—Y está investigando el asesinato de Monty Bell, ¿no?

—Bueno, no exactamente, aunque sospecho que guarda relación con el caso que llevo entre manos —explicó Harry.

—Lo siento, pero yo no sé nada. Ya se lo dije a la policía.

—Permítame entrar, por favor.

—Cruzar esta puerta cuesta treinta dólares.

—¿Sólo cruzarla...?

—En ese precio va incluido todo.

—Ya decía yo.

—¿Le interesa o no?

—Sólo quiero hacerle unas preguntas, no el amor.

—Yo me gano la vida con lo segundo, no con lo primero. Si quiere lo toma, y si no...

—Lo tomo, lo tomo.

Lorna desenganchó la cadena de seguridad, abrió la puerta del todo y puso la mano.

—El pago es por adelantado, guapo

Harry sacó unos billetes del bolsillo izquierdo del pantalón, separó treinta dólares, y se los entregó a la profesional del amor, guardándose el resto.

—Ya puedes pasar —indicó Lorna, apartándose.

Harry entró en la habitación, cuya puerta cerró inmediatamente la rubia, dándole la vuelta a la llave.

—¿Me quito el vestido yo, o prefieres quitármelo tú? —invitó Lorna, con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Déjatelo puesto.

—Me lo arrugaré lodo...

—Sólo deseo hacerte unas preguntas, ya te lo he dicho,

—Lo sé, pero ya que me has pagado lo que cobro por...

—No dispongo de tiempo.

—Ni de ganas, eso está claro —rezongó Lorna—. Está bien, pregunta.

Harry le mostró el periódico que llevaba en tas manos.

La foto de Nat Odell, más concretamente.

—¿Sabes si este tipo y Monty Bell eran amigos?

Lorna contempló la fotografía.

—Sí, los he visto juntos en varias ocasiones. A ellos dos, a Luke Figgs, y a otro que se llama Buck.

—¿Sabes dónde viven?

—Luke, al lado mismo de Monty, en la habitación contigua. El otro, no tengo ni idea. Pero sé que tiene un Ford marrón bastante deteriorado.

—¿Cómo es Luke Figgs?

—Estatura corriente, pelo rubio, abundante y sucio...

—¿Y Buck?

—Alto, fuerte, moreno... De los cuatro, es el que con quien mejor lo debe pasar una mujer en la cama. Todo un tío vamos. Pero tú tampoco estás nada mal, ¿eh? —añadió Lorna, sonriéndole atrevidamente.

—Se agradece el cumplido.

—Preferiría que me lo agradecieras en la cama.

—Ando escaso de tiempo, ya te lo he dicho.

—Sí, ya me lo has dicho —masculló la prostituta.

Harry, que ya suponía que el tal Luke Figgs no se hallaría en su habitación, aunque pensaba comprobarlo, preguntó:

—¿Dónde podría encontrar a Luke y a ese Buck?

—Suelen ir bastante por los billares de Chuck el Calvo —informó Lorna —. ¿Sabes dónde están?

—Sí, cerca de aquí.

—A menos de quinientos metros.

—Me acercaré por allí, a ver si tengo suerte. Gracias por la información, Lorna.

—No me las des, has pagado por ella. Por ella... y por mi cuerpo, con el cual no deseas divertirte.

—En otra ocasión, tal vez.

—Si vuelves, te haré un precio especial, en consideración a lo que ya me has pagado hoy... por nada.

—Procurare recordarlo preciosa —sonrió Harry, y salió de la habitación.

* * *

Buck Playton y Luke Figgs continuaban en los billares de Chuck el Calvo.

Les parecía un lugar seguro.

Especialmente a Luke, para quien, además, hallarse cerca de Buck le proporcionaba una cierta tranquilidad. Su fortaleza, su valor, su sangre fría...

Poseía todo lo que a él le faltaba, y si alguien era capaz de hacer trente con

éxito al asesino de Nat Odell y Monty Bell, ése era Buck Playton, desde luego.

De ahí que Luke no desease separarse de él hasta que todo aquello se aclarase y terminase.

—Buck...

—¿Qué?

—Tengo necesidad de ir a los lavabos.

—Pues ve.

—¿Por qué no me acompañas?

Buck, que se disponía a mandar la bola nueve al rincón, interrumpió la jugada y miró extrañamente a Luke.

—No pretenderás que te ayude a bajarte la crema llera y sacarte el canario, ¿verdad?

El rubio enrojeció.

—No, claro que no. Eso puedo hacerlo yo solo.

—¿Para qué me necesitas, entonces?

—Estoy asustado, Buck.

—Eso salta a la vista.

—Suponte que el asesino me está esperando en los lavabos...

Buck lanzó una carcajada.

—No seas imbécil, Luke. ¿Cómo va a saber el asesino que tú tienes ganas de mear? El tipo es listo, pero no tanto, hombre. Tendría que ser adivino.

El rubio no replicó.

Buck realizó la jugada y, poniendo de manifiesto su habilidad, mandó la bola nueve al rincón, por cuya tronera desapareció limpiamente.

Como Luke seguía allí, Buck dijo:

—¿A qué esperas, Luke? Acabarás mojándote los pantalones...

El rubio vaciló.

Lo de mojarse los pantalones iba a convertirse en realidad, si no se decidía, y pronto, u entrar en los lavabos.

Ya llevaba algunos minutos aguantándose y la necesidad de expeler el líquido secretado en los riñones y almacenado en la vejiga, era cada vez más apremiante.

—¿Vigilarás la puerta, Buck? —rogó.

—Sí, hombre. No le quitare ojo.

—Que nadie entre hasta que yo salga.

—Descuida, no dejaré pasar a nadie.

—Y si ves que tardo demasiado, entra por mí.

—Me avergüenzo de tener un amigo tan gallina. El día menos pensado pones un huevo.

—Sí, tú búrlate, pero Nat y Monty...

—Eran tan gallinas como tú. Por eso están muertos.

El rubio bajó la cabeza e hizo ademán de dirigirse a los lavabos.

—Llévate el taco, Luke —indicó Buck.

—¿Para qué?
—En caso de necesidad, puedes defenderte bien con él.
Luke sintió un escalofrío.
—¿Pretendes asustarme más de lo que ya estoy, Buck?
—No, eso es imposible —sonrió Playton, burlón.
—Pues mira, me lo voy a llevar —rezongó el rubio, cogiendo el taco.
—Póntelo al hombro, a modo de fusil —siguió mofándose Buck.
—¡Al diablo! —barbotó Luke, enfadado, y se fue hacia los lavabos.
Caminaba de un modo harto cómico, pues lo hacía ligeramente encogido y con los muslos apretados.
Y es que ya no podía más.
—¡De prisa, Luke, que ya goteas! —dijo el socarrón de Buck, que se reía muy a gusto.
—¡Tu padre! —gritó el rubio, y avanzó más de prisa, entrando por fin en los lavabos.
Corrió hacia uno de los urinarios, bajándose ya la cremallera del pantalón.
Le vino bien justo.
Luke sintió un gran alivio al expulsar el apremiante líquido.
Así, con el taco de billar en una mano, y lo otro en la otra, permaneció dos minutos largos sintiéndose cada vez mejor.
No se dio cuenta de que una cuerda surgía silenciosamente por entre los barrotes de la pequeña ventana que había encima de los urinarios, muy cerca del techo, y cuyos cristales permanecían siempre abiertos, para que entrara el aire.
La cuerda era de nylon.
Delgada, pero enormemente resistente.
Y estaba rematada por un lazo, hecho con un nudo corredizo.
La cuerda descendió lentamente hacia la cabeza del aliviado Luke Figgs, quien seguía totalmente ajeno al peligro que corría.
De pronto, la cuerda cayó sobre la cabeza del rubio y el lazo se cerró en torno a su cuello.
Una fracción de segundo después, la cuerda era bruscamente izada desde el otro lado de la ventana, pero sólo lo justo para que Luke Figgs sintiera tal presión en la garganta que no pudiera gritar por mucho que se esforzara.
Y así fue, no pudo gritar.
Boqueó desesperadamente, pero sólo conseguía emitir débiles ronquidos, más propios de un animal moribundo que de un ser humano.
Luke, cuyos pies apenas rozaban el suelo, pero que no obstante era suficiente para evitar el estrangulamiento total, soltó el taco y se llevó ambas manos al cuello, esforzándose inútilmente por aflojar el lazo que le impedía pedir ayuda.
Entonces ocurrió algo que aún aterrorizó más al rubio.
El taco de billar, sin que nadie lo empuñara, se elevó del suelo y quedó suspendido en el aire, en posición vertical, a un metro escaso de él.

Luke creyó morirse de espanto.
Un instante después, creía morirse de dolor.
Sí, porque el extremo grueso del taco se proyectó repentinamente hacia adelante, golpeándole duramente entre los muslos.
Luke aulló como una bestia a la que estuviesen desollando viva, pero hacia adentro, porque seguía sin poder gritar hacia afuera.
Instintivamente encogió las piernas, pero como eso no podía hacerlo, porque la cuerda que ceñía su cuello le estrangularía, la desencogió en seguida y soportó el terrible dolor que sentía en los órganos genitales con el cuerpo totalmente estirado.
De pronto, Ellen Gruber surgió ante él.
El vestido desgarrado, desnuda, ensangrentada...
Era ella la que empuñaba el taco.
La que había hecho ver todas las estrellas del firmamento a Luke Figgs, al golpearle con él en los genitales.
El terror del rubio era ya indescriptible.
Y es que había comprendido de golpe por qué habían muerto Nat Odell y Monty Bell.
Y por qué iba a morir también él.
Por haber violado a una bruja.
Luke estaba seguro de que la chica morena lo era.
Ellen Gruber le golpeó de nuevo con el taco.
En el mismo sitio.
Con la misma dureza.
Luke volvió a ver las estrellas.
Hubo un tercer golpe.
Y un cuarto...
Luke Figgs, ahogado de dolor, perdió el conocimiento.
Ellen Gruber dejó caer el taco al suelo y desapareció como el humo.
Un segundo después, la cuerda de nylon, era izada un poco más.
Los pies de Luke quedaron a un palmo del suelo.
Instantes después, el rubio era ya cadáver.
Pero él no se enteró.
Se fue al otro mundo sin recobrar el sentido.
Tras su muerte, el lazo se deshizo de golpe, misteriosamente, y el cuerpo sin vida de Luke Figgs cayó sordamente al suelo, junto al taco de billar.
La cuerda de nylon se fue para arriba tan silenciosamente como había descendido, y desapareció por la pequeña ventana.

* * *

Buck Playton empezó a preocuparse.
Luke Figgs lardaba más de la cuenta en salir de los lavabos.
¿Lo estaría haciendo adrede para ponerle nervioso?

Si era así, Luke lo iba a lamentar, porque de un puñetazo le iba a saltar un par de dientes.

Buck dejó el taco sobre la mesa de billar y fue hacia los lavabos.

Apenas entrar en ellos, descubrió a Luke tirado en el suelo, con cara de haber emprendido ya el viaje al Más Allá.

Antes de comprobar si era efectivamente así, Buck Playton revisó los dos retretes, cuyas puertas permanecían entornadas.

No había nadie en ellos.

Buck quedó desconcertado.

El sabía que, después de Luke, nadie más había entrado en los lavabos. Ni salido.

No había dejado de vigilar la puerta en ningún momento, por eso estaba tan seguro.

¿Por dónde diablos, entonces, se había largado el tipo que había atacado a Luke?

La ventana era pequeña, por allí no podía pasar un hombre. Y, además, tenía barrotes.

Buck se acercó a Luke y le tomó la muñeca.

Comprobó que no tenía pulso.

Estaba muerto.

Buck se fijó en la marca que Luke tenía en el cuello.

Lo habían estrangulado con una cuerda, no cabía duda.

Buck volvió a preguntarse cómo demonios había podido salir de los lavabos el asesino.

Entonces recordó que algo similar había ocurrido con Monty Bell.

Se lo habían cargado en el cuarto de baño, y Luke encontró la puerta cerrada por dentro.

Buck empezó a pensar que el asesino tenía algún poder especial que le permitía atravesar puertas y paredes.

Quizá fuera un brujo...

Buck respingó.

¡Brujo!

¡El asesino podía ser un brujo!

¡Un amigo de la chica morena que ellos violaron la noche pasada en aquella solitaria playa cercana a Santa Mónica!

¿Acaso no poseía ella una tienda de libros y artículos de brujería...?

¡Debía de conocer infinidad de brujos y brujas!

¡Quizá ella misma fuera una bruja!

¡Tal vez fuera la chica la responsable de la muerte de Nat, Monty y Luke!

Le haría una visita a la chica morena y le arrancaría la verdad.

Y la vida, si confesaba ser ella la autora de los asesinatos de sus tres compañeros de fechorías.

CAPITULO XI

Harry Mulligan, tras comprobar que Luke Figgs no se hallaba en su habitación, bajó a la calle, subió en su Mustang y se dirigió a los billares de Chuck el Calvo.

Al llegar allí, encontró dos coches de la policía y una ambulancia, en la cual estaba siendo introducida una camilla con un cuerpo totalmente cubierto por una sábana.

Harry estacionó el Mustang y salió rápidamente de él.

En aquel preciso instante, el teniente Fenady y dos de sus hombres salían de los billares.

Harry fue a su encuentro.

El teniente Fenady, un hombre de robusta complexión y facciones enérgicas, que frisaba en los treinta y cinco años de edad, se detuvo en seco al descubrir al investigador.

—Con usted quería yo hablar, Mulligan —dijo, apuntándole con el índice.

—¿Quién es el muerto, teniente? —preguntó Harry.

—No sé por qué, pero tengo la corazonada de que usted ya lo sabe.

—¿Luke Figgs...?

—¡Premio!

Harry carraspeó.

—No era difícil adivinarlo, teniente. Sólo podían ser él o un tal Buck, cuyo apellido desconozco todavía. Ambos eran amigos de Nat Odell, el tipo que se cayó o tiraron por una ventana, y de Monty Bell, el sujeto que degollaron en la bañera. Me enteré de que los cuatro solían frecuentar esta sala de billares, y decidí darme una vuelta por aquí, a ver qué caía.

—Pues ha caído otro.

—Y ya van tres.

—¿Le importaría decirme cuándo, cómo y dónde caerá el cuarto, Mulligan?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa, teniente?

—No me sorprendería en absoluto.

—Oh, vamos, teniente... Ni que pudiera ver en una bola de cristal.

—Hábleme del caso que lleva entre manos, Mulligan.

—No puedo, teniente Fenady.

—¿Prefiere que hablemos en la comisaría?

Harry respingó.

—¿Es que piensa detenerme...?

—No me gustaría tener que hacerlo, pero si no me cuenta ahora mismo todo lo que sabe, ordenaré a mis hombres que lo metan en el coche y se lo lleven.

—¿Acusado de qué, teniente?

—De ocultar pruebas a la policía.

—Peto si no tengo pruebas de nada... Estoy actuando por instinto, créame.

El teniente Fenady volvió a apuntarle con el dedo.

—Le exijo que me diga quién es su cliente y por qué le ha contratado.

—¿Sin mencionar su nombre...?

Fenady vaciló.

—Está bien, no lo mencione por el momento —gruñó.

—Se trata de una muchacha. Fue violada anoche, en una playa solitaria por cuarto individuos. Ella no quiso denunciar el hecho a la policía, ya puede usted suponer por qué, pero desea que yo averigüe los nombres de los tipos.

—¿Para qué, para ordenar a alguien que los liquide uno por uno?

—No, ella no tiene nada que ver en la muerte de tres de los tipos que la violaron.

—¿Por qué está tan seguro?

—La razón es muy simple, teniente: los tipos ya estaban muertos cuando yo averigüe sus nombres. Y si ella no sabía quiénes eran los hombres que la forzaron...

—Suponga que sí lo sabía.

—¿Para qué iba a contratarme a mí, entonces?

—Para despistar.

—¿A quién?

—¡No lo sé, maldita sea! Pero reconozca usted, Mulligan, que es muy sospechoso que tres de los tipos que abusaron de esa chica hayan muerto ya. Porque usted no tiene ninguna duda de que fueron ellos, ¿verdad?

—No, me temo que no. Encontré un botón de la camisa de Nat Odell en el sitio donde la muchacha fue violada. Y, como ya le dije antes, he averiguado que Nat Odell era amigo de Monty Bell, de cuyo asesinato me enteré por usted y de Luke Figgs y ese tal Buck.

—Entonces está más claro que el agua que fueron ellos.

—¿Cómo murió Luke Figgs, teniente?

—Lo estrangularon con una cuerda, después de machacarle los órganos genitales.

Un estremecimiento recorrió la espalda del investigador.

—¿Que le machacaron los genitales?

—Con un taco de billar, al parecer. Había uno junto al cadáver.

—¿Y nadie le oyó gritar...?

—Nadie. Como tampoco nadie oyó gritar a Monty Bell, cuando era torturado, con su propia navaja de afeitar, por el asesino. Y lo que es más extraño todavía: ninguno de los dos tenía las manos aladas cuando el asesino los «trabajó». Sus muñecas no ofrecen ni el más leve rasguño.

—No lo entiendo, teniente.

—Ni yo. Pero sigo pensando que su cliente, la muchacha violada, tiene mucho que ver en las horribles muertes de esos tres individuos. No digo que los matara ella, porque eso no es posible, pero si alguien enviado por ella. Lo sucedido huele a Venganza, y esa muchacha tiene motivos para desear

vengarse.

—Sí, pero no de un modo tan espantoso.

—Bueno, eso depende. ¿La chica era virgen...?

—Sí.

—Entonces, cualquier tipo de venganza le sabrá a poco. Y tenga en cuenta, también, que no fue violada por un solo hombre, sino por cuatro. Una canallada como ésa es capaz de perturbar la razón a la víctima que la sufre, hasta el punto de obsesionarse con la venganza.

Y cuanto más cruel, mejor.

Harry Mulligan asintió levemente con la cabeza.

—Puede que tenga usted razón, teniente. Y debo confesarle algo.

—¿Qué? —preguntó Fenady.

—La muchacha no me contrató para que buscara a sus violadores, me ofrecí yo desinteresadamente. Y tuve que insistir, porque ella no quería.

—Muy interesante.

—Esta mañana, cuando le mostré la foto de Nat Odell que aparece en los periódicos, dijo no conocer al tipo. Tuve la impresión de que mentía, y así se lo dije, pero ella no lo admitió.

—Eso es más interesante, todavía.

—Ahora estoy seguro de que mintió. Y no encuentro más que una explicación: ella se siente responsable de la muerte de Nat Odell.

—Opino como usted, Mulligan.

—Iré ahora mismo a ver a la chica y averiguaré la verdad.

—Le acompaño.

—No, por favor —rogó Harry—. Yo empecé este caso, teniente Fenady. Déjeme acabarlo.

—Puede ser peligroso que vaya solo, Mulligan.

—Sé cuidarme, teniente.

—De acuerdo, vaya. Y si la chica confiesa ser la responsable de esas muertes, telefonéeme desde allí y acudiremos en seguida. Debemos detenerla a ella y al autor de los asesinatos, antes de que cometan el cuarto.

—Le tendré informado, teniente Fenady —prometió el investigador, y caminó hacia su Mustang.

* * *

Ellen Gruber se hallaba en la habitación donde su madre practicara la brujería.

Y donde ahora la practicaba ella, por culpa de Buck Playton, Monty Bell, Luke Figgs y Nat Odell, los cuatro miserables que la forzaron en la playa.

Los tres últimos habían recibido ya su castigo.

Ahora, le tocaba al primero.

Al cabecilla del grupo.

Ellen lo había reservado deliberadamente para el final, porque él fue el

primero que abusó de ella, el que le desgarró el vestido de arriba abajo, el que le arrancó las dos prendas íntimas, el que le causó más dolor...

El también sentiría dolor.

Más que Monty Bell.

Más que Luke Figgs.

Le tenía reservada la más horrible de las muertes.

Ellen, que se había tomado unos minutos de descanso, tras acabar con Luke Figgs en los lavabos de la sala de billares de Chuck el Calvo —cada sesión de brujería le resultaba terriblemente agotadora, por la tensión a que su mente y su cuerpo se veían sometidas—, se dispuso a iniciar la cuarta y última sesión.

Como seguía completamente desnuda, echada sobre la roja alfombra, no tuvo más que ponerse de rodillas y erguir el torso.

Entonces, levantó los brazos, cerró los ojos, y con todos los músculos de su cuerpo en tensión, empezó a pronunciar las palabras que apenas hacerse mujer, aprendiera de su madre.

Súbitamente, la puerta se abrió de golpe y alguien irrumpió en la habitación.

Ellen Gruber se giró en el acto.

No pudo contener un grito de terror al descubrir al canalla que destrozara su virginidad del modo más brutal.

Sí.

Era Buck Playton.

Y le apuntaba con un revólver de calibre 38.

CAPITULO XII

Ellen Gruber se cubrió el pecho con los brazos, en un acto más bien instintivo, y descansó las nalgas sobre sus talones, quedando encogida.

Buck Playton, tras dar una primera ojeada al cuerpo desnudo de la muchacha, se fijó en el pequeño altar pagano, en las velas negras que lo iluminaban, y en todos los demás objetos extraños y siniestros que albergaba la habitación.

—De modo que yo estaba en lo cierto, ¿eh? —murmuró—. Tú eres una bruja, y has utilizado tus diabólicos poderes para acabar con Nat, Monty y Luke...

Ellen no respondió.

Estaba demasiado aterrada.

Buck la miró duramente.

—Tú arrojaste a Nat por la ventana de su piso, ¿verdad?

Ellen siguió callada, encogida, tapándose los senos.

Buck dio un paso hacia ella y disparó la pierna derecha, golpeando brutalmente en la espalda a la joven.

Ellen dio un grito y cayó de bruces sobre la alfombra.

—¡Confiesa, perra! —Rugió Buck—. ¡Confiesa o te deshago a patadas! ¿Arrojaste tú a Nat?

Ellen lo miró.

—No, yo no lo arrojé, se tiró él... —musitó, con gesto de dolor.

—¿Qué le hiciste, para obligarle a cometer una barbaridad semejante?

—Le hice creer que me hallaba en su piso y que le amenazaba con un cuchillo de matarife... El se aterrorizó tanto, que corrió hacia la ventana y se arrojó de cabeza por ella.

—¿Y a Monty...?

—Hice que su navaja de afeitar le atacara una y otra vez, como si tuviera vida propia. Luego, le hice creer que yo manejaba la navaja. Y en cierto modo era así, sólo que la manejaba con el pensamiento.

—¿Por qué no gritó?

—Le paralicé las cuerdas vocales.

—¿Y no intentó huir?

—Sí, pero yo electrifiqué la puerta, con mi poder, y no pudo abrirla.

—¿Y Luke...?

Ellen confesó también lo que había hecho con el rubio.

—Y yo iba a ser el próximo, ¿eh? —dijo Buck, con los dientes muy junios.

—Sí...

—Pues no, bruja. Yo no dejaré que utilices tu poder conmigo —el índice de Buck se curvó sobre el gatillo del arma.

Ellen tembló.

—No cometas el error de matarme.

—¿Error...? —rió sarcásticamente. Buck.

—Si me matas, tú morirás también.

—No me hagas reír.

—Las brujas podemos hacer uso de nuestros poderes aún después de muertas, te lo advierto.

—No, lo dices para asustarme y que te perdone la vida. Pero no hay perdón para ti, bruja. Has matado a mis amigos y yo voy a vengarlos.

—¡No! —suplicó Ellen.

—¡Toma, traga plomo, maldita! —barbotó Buck Playton, y apretó el gatillo.

* * *

Harry Mulligan empujó la puerta de la tienda de Ellen Gruber.

Como en la ocasión anterior, la joven no estaba en ella.

Esta vez, sin embargo, Harry no la llamó.

Fue directamente en su busca.

Acababa de cruzar la puerta de detrás del pequeño mostrador, la que disimulaba una cortina cuando escuchó un disparo, en el piso alto.

Harry se lanzó hacia la escalera de medio caracol.

Sonó otro disparo.

El investigador subió los peldaños de tres en tres.

Otro disparo más...

Harry ya estaba en el piso alto.

Escuchó un cuarto disparo.

Los estampidos se producían en la habitación que se veía al fondo, cuya puerta permanecía abierta de par en par.

Harry corrió hacia allí.

Irrumpió en ella justo cuando Buck Playton disparaba por quinta vez sobre el cuerpo desnudo y ensangrentado de Ellen Gruber.

Buck se revolvió como una centella.

Quiso incrustar la última bala que le quedaba al revólver en el pecho del investigador, pero éste saltó sobre él como una pantera hambrienta y lo derribó violentamente, haciéndole perder el arma.

Harry Mulligan y Buck Playton se enzainaron en una lucha feroz.

Dos hombres jóvenes.

Fuertes.

Valientes.

Cualquiera de los dos podía ser el vencedor.

Finalmente, fue Harry Mulligan quien se impuso, gracias a sus mayores conocimientos de defensa personal.

Buck Playton quedó tendido en el suelo, de bruces, sin conocimiento.

Harry, jadeante, sudoroso, se arrodilló junto a la inmóvil y ensangrentada Ellen Gruber.

Comprobó que había muerto.
Con gesto grave, observó la habitación.
Empezó a sospechar la verdad.
Ellen Gruber debía ser una bruja, y había utilizado sus poderes para asesinar a Nat Odell, Monty Bell y Luke Figgs.
Y hubiera asesinado también a Buck, pero éste debió adivinar lo que pasaba y la mató a ella.
Cuando Buck se despertase, sabría si estaba en lo cierto o no.

* * *

Harry Mulligan habló con el teniente Fenady.
Minutos después, éste, tres de sus hombres y una ambulancia, hacían acto de presencia en la tienda de Ellen Gruber, cuyo cadáver fue retirado por los camilleros.
Buck Playton, cuando recobró el conocimiento, explicó que había matado a Ellen Gruber porque ella había asesinado, utilizando sus diabólicos poderes de bruja, a sus tres compañeros, y explicó también cómo había cometido los crímenes.
No negó, por otra parte, que él, Monty, Luke y Nat violaron la noche pasada a la chica, porque sabía que no serviría de nada.
Buck Playton, esposado, lúe trasladado a la comisaría y encerrado en una celda.
Una celda en la que iba a morir, aunque él ni siquiera lo sospechaba.
Ni él, ni nadie.
Ellen Gruber estaba muerta.
Ya no podía hacerle nada.
Pero sí, si...
Todo empezó cuando Buck se acercó a la reja y cerró sus manos en torno a dos de los barrotes, al tiempo que pegaba la cara a la reja, deseando saber qué abarcaba la vista desde allí.
No mucho.
Un corredor con otras celdas, todas ellas vacías.
No había ningún vigilante.
¿Para qué?
Su celda estaba cerrada con llave, no podía escaparse.
De pronto, ocurrió algo increíble.
Los dos barrotes que impedían a Buck Playton pasar la cabeza por entre ellos, y sobre los cuales ejercía una ligera presión con la frente, en su afán de abarcar más con la mirada, se curvaron de golpe, como si fuesen de goma, y él se vio con la cabeza fuera de la celda.
Antes de que el atónito Buck acertara a reaccionar los barrotes recuperaron su posición correcta y su dureza habitual, aprisionando su cuello a modo de cepo perfecto.

Buck intentó sacar la cabeza, ayudándose con las manos, pero los barrotes no cedieron ni un milímetro.

Todavía estaba tratando de explicarse cómo diablos había sucedido aquello, cuando un soplete surgió unte él encendido y suspendido en el aire, como sostenido por un ser invisible.

A Buck Playton se le heló la sangre en las venas.

Y es que pensaba en Ellen Gruber.

En la bruja de Ellen Gruber.

Ella le había advertido que, si la mataba, él moriría también, pues, aún muerta, podría hacer uso de sus poderes.

Y, evidentemente, era cierto.

Lo que le había sucedido con los barrotes...

Aquel soplete encendido, que flotaba en el aire como un fantasma...

Buck Playton, por primera vez en su vida, sintió culebrear el pánico en sus huesos.

Intentó gritar, pedir ayuda, pero de su garganta no brotó sonido alguno.

Tenía las cuerdas vocales paralizadas.

Como le ocurriera a Monty Bell.

También eso era obra de los malditos poderes de Ellen Gruber.

Súbitamente, Ellen apareció ante él.

Desnuda.

Con cinco orificios de bala en el pecho.

Chorreando sangre...

Su mano derecha sostenía el soplete.

Se lo acercó a la cara.

Lentamente.

Con una sonrisa vengativa en sus pálidos labios.

Buck Playton trató, con desesperación, de sacar su cabeza de entre los barrotes.

Era inútil.

Sólo consiguió hacerse daño en el cuello.

Un daño mínimo, insignificante, comparado con el que le hizo la azulada llama del soplete, cuando le mordió la mejilla izquierda.

Buck hubiera querido bramar de dolor, pero su garganta seguía atrofiada.

La llama del soplete le mordió de nuevo, en la otra mejilla.

Y, luego, en la frente.

Y en las orejas.

Y en los hombros.

Y en el pecho...

Buck Playton se retorcía como un animal herido de muerte pero nada podía hacer por evitar las horribles quemaduras.

Finalmente, y después de sufrir lo indecible, se desmayó, y quedó colgando de la reja.

Entonces, los barrotes que aprisionaban su cuello se curvaron de nuevo, en

esta ocasión, hacia adentro, aplastándoselo.

Rompiéndoselo.

Triturándoselo.

Buck Playton murió en el acto.

Ya podía reunirse con Nat Odell, Monty Bell y Luke Figgs.

Los cuatro habían pagado con la vida su canallesca acción de la noche pasada: la violación de una muchacha decente y honesta.

Y ella se había vengado.

También le había costado la vida, pero se había vengado.

Del último de ellos, incluso después de muerta.

Buck Playton se rió de su amenaza, y ella le había demostrado que nadie debe reírse de las amenazas de una bruja.

Y bien demostrado, además.

EPILOGO

Brenda Thompson consultó su reloj.

Las seis.

Todavía era pronto para vestirse.

Además, no sabía si Harry Mulligan hijo, vendría a por ella.

Brenda deseaba que así fuera.

¿Para llevar a cabo el plan ideado por Harry Mulligan padre...?

No, se temía que no.

Le había dado muchas vueltas a su conversación con el investigador privado, y estaba a punto de llegar a la conclusión de que él tenía razón y que era su padre, el pintor, el que estaba equivocado.

Harry no podía casarse sólo porque su padre desease ser abuelo.

Antes debía encontrar a la mujer ideal.

En cuanto a lo otro, lo de que conocía a una chica, la enamoraba, se la llevaba a la cama unas cuantas noches y luego le daba la patada...

Brenda estaba segura de que eso no era totalmente cierto.

Harry era un tipo muy atractivo, agradable y simpático, lo cual le hacía suponer que en la mayoría de los casos era la chica la que se lo llevaba a la cama a él y trataba de enamorarlo allí, ofreciéndole su cuerpo y su pasión.

Y lo encontraba lógico, porque a cualquier chica le encantaría pescar a un hombre tan fuerte y tan apuesto como Harry para toda la vida.

Brenda respingó.

¡Cualquier chica!

¡Había dicho cualquier chica!

¡Eso la incluía también a ella!

Brenda se hizo, en voz alta, una pregunta difícil:

—¿Te gusta Harry Mulligan hijo, Brenda...?

Estaba meditando bien la respuesta, cuando sonó el timbre.

Brenda se vio corriendo hacia la puerta.

¿Sería Harry...?

—¡Ojalá! —gritó casi, de forma espontánea.

Abrió la puerta.

—¡Harry! —exclamó, sintiendo que el corazón le latía a ritmo de competición.

El investigador le sonrió.

—Hola, Brenda.

El hermoso rostro de la modelo profesional se ensombreció.

—Tiene mala cara, Harry... —observó.

—¿Conoce alguna casa donde puedan cambiármela?

—Déjese de bromas. Se ha peleado con alguien, ¿verdad?

—Sí.

—¿Alguno de los violadores de esa muchacha a la que usted atendió?

—Sí.
—¿Y quién ganó?
—Yo.
—No sabe cuánto me alegro.
—El caso está concluido.
—¿De veras...?
—Si me permite entrar, le daré los detalles.
—Estoy deseando conocerlos.
Harry entró en el apartamento.
Poco después, sentados ambos en el sofá del living, el investigador se lo contaba todo a la modelo.
Brenda quedó hondamente impresionada.
—Ahora me explico por qué tiene usted mala cara, Harry... —murmuró.
—Jamás me había tropezado con un caso tan horroroso, se lo aseguro.
—¿Y puede una bruja tener tanto poder como para...?
—Ellen Gruber lo tenía, no hay duda. Llevó su venganza hasta el final; incluso después de muerta. El teniente Fenady está tan impresionado como yo.
—Lo creo.
—Bien, en cualquier caso, estoy en condiciones de cumplir mi promesa de invitarla a cenar. Esta misma noche.
—Tendrá que esperar a que me vista.
—Esperare, no se preocupe.
Brenda levantó la mano y rozó con sus dedos la boca del investigador.
—Me parece que tiene el labio inferior hinchado...
—Eso no me impedirá besarla.
—Desea hacerlo?
—Desde el instante en que la conocí.
—No se reprima más.
Harry la besó.
Suave y cálidamente.
Después, la miró fijamente a los ojos, que ahora brillaban de un modo especial.
—¿Me creería si le digo una cosa, Brenda?
—¿Qué?
—Estoy enamorado.
—¿De quién?
—Del repartidor de la leche.
—¡Harry!
—De usted, caramba.
—¿De mí...?
—Sí.
—No es posible.
—Le juro que es cierto.

—Usted necesita acostarse varias noches con una mujer, para conocerla lo suficiente como para saber si...

—En esta ocasión no es así. La quiero, Brenda, y no voy a esperar a mañana para pedirle que se case conmigo.

Brenda Thompson casi se cayó del sofá de la impresión.

—Harry... —musitó, terriblemente nerviosa.

El investigador le tomó las manos y se las oprimió cariñosamente.

—¿Quieres ser mi esposa, la madre de mis hijos, la madre de los nietos de mi padre?

—¿Estás seguro de que no sientes una simple atracción física por mí, Harry?

—Si fuera así, en vez de decirte que te quiero, hubiera tratado de llevarte a la cama para divertirme contigo. Y ni siquiera te he tocado la rodilla.

—¿Y qué dirá tu padre, cuando lo sepa?

—¿Que quiero casarme contigo?

—Sí.

—Se pondrá a saltar de contento. Ya no tendrá que llamarme sinvergüenza, mujeriego, y todas esas cosas.

—Pero, es que él...

—¿Qué es lo que te preocupa, Brenda?

La modelo se mordió los labios.

—Tengo que confesarte algo, Harry.

—Te escucho, cariño.

—Tu padre estuvo aquí esta mañana, y...

—Era yo.

Brenda agrandó los ojos.

—¿Cómo has dicho...?

—Que era yo, con peluca, barba, ropa de mi padre; y voz disfrazada.

—¡Oh, no! —enrojeció violentamente la modelo.

—Sí, Brenda. Deseaba volver a verte, pero sabía que, después de lo de anoche, eso no sería posible, a menos que se me ocurriese algo ingenioso. Y se me ocurrió lo de hacerme pasar por mi padre —explicó Harry.

—¡Volví a quedar completamente desnuda delante de ti!

—Yo traté de impedirlo, recuérdalo.

—¡Y me pediste que te enamorara!

—Eso no era necesario, porque yo ya estaba enamorado de ti. Pero pensé que así no te mostrarías arisca conmigo, y acerté.

—¡Eres un maldito bribón, Harry!

—Que desea dejar de serlo y casarse contigo.

—¿Y cómo sé yo que no es otro de tus trucos.

Harry la abrazó de repente, con mucha fuerza, y la besó en los labios con tal pasión y vehemencia, que a Brenda ya no le quedó ninguna duda de que él la quería de verdad, así que, tras el largo y fogoso beso, le sonrió amorosamente y dijo:

—Me casaré contigo, Harry.

Un instante después, sus bocas volvían a fundirse en otro ardoroso e interminable beso.

FIN